

BIBLIOTECA NACIONAL



0441133



BIBLIOTECA NACIONAL  
DE CHILE

Volúme

Sala en

Tabla e

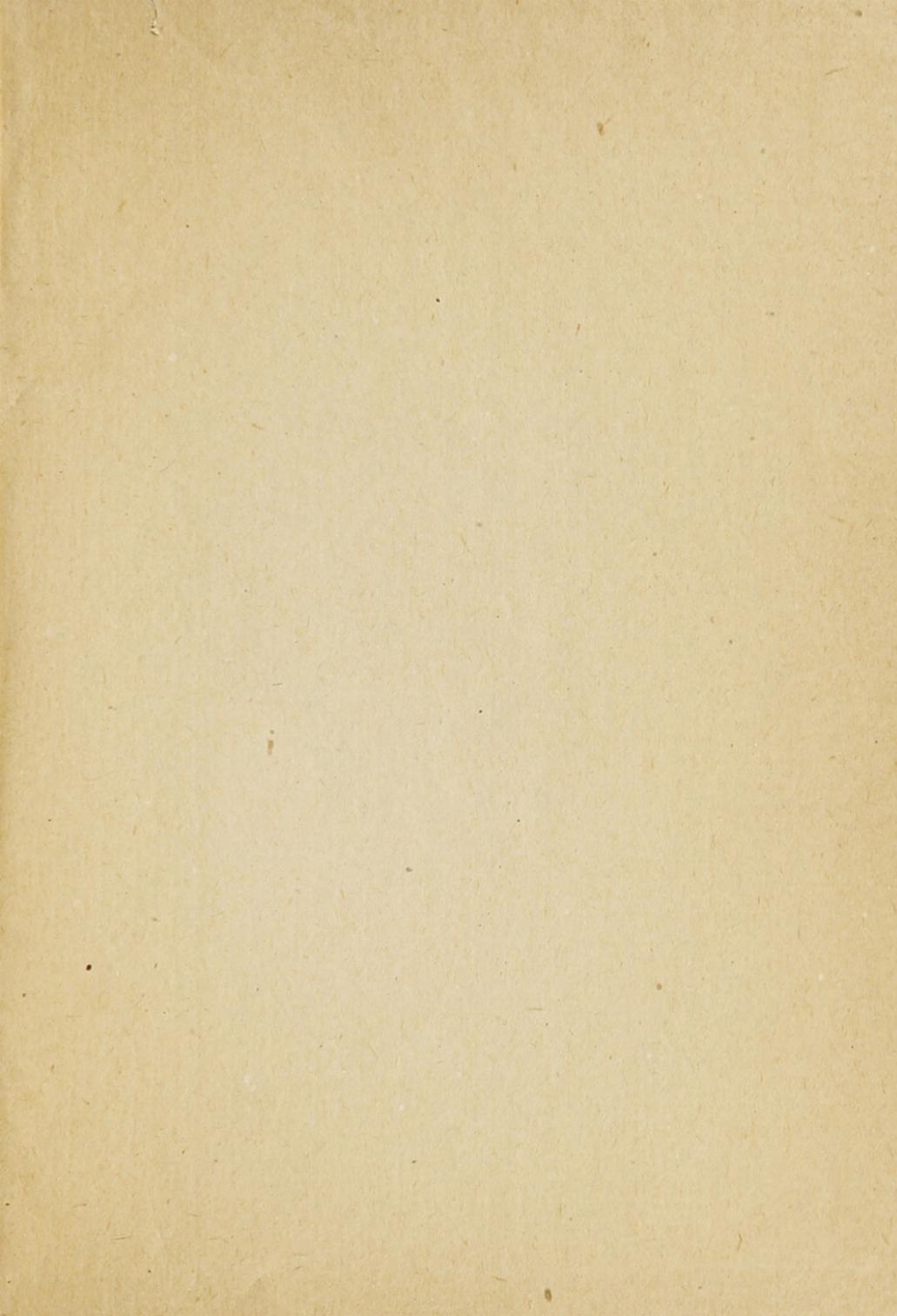
Orden



BIBLIOTECA NACIONAL  
DE CHILE

Volúmenes de esta obra ..	.....
Sala en que se encuentra.	11.....
Tabla en que se halla . . . .	265.....
Orden que en ella tiene. . .	20.....

Imp. Universitaria





P E D R O N . C R U Z

# CUENTOS



IMPRESA NACIMIENTO

14 40 21 07 05 22

RECEIVED

14  
40  
21  
07  
05  
22

14 40 21 07 05 22

339





P E D R O N . C R U Z

# CUENTOS



IMPRESA N A S C I M E N T O  
SANTIAGO 1930 CHILE

CUENTOS



Impreso en los Talleres de  
La Editorial Nascimento  
= Ahumada 125 =  
Santiago de Chile. 1930.

## PRÓLOGO

*Estos cuentos, frutos ocasionales de una imaginación estéril, fueron escritos hace más de treinta años y publicados en diversos periódicos.*

*Recopilados ahora (algunos con arreglos en lo accidental) parecerán cosa añeja. De entonces acá las costumbres literarias y sociales han cambiado mucho; pero, como en el fondo, miran ellos más a los caracteres que a las costumbres, tal vez logren interesar por este lado al lector.*

P. N. C.



## Tempestad de Verano

Mi primo, Alfredo, un atolondrado muy simpático, solía pedirme que lo acompañara a visitar a Julita, su novia, después de comer, en las primeras horas de la noche, según la costumbre.

La madre de la niña consideraba estricta obligación suya vigilar personalmente a los novios en la casa. De ordinario no faltaban otras personas de visita, y entonces podían ellos comunicarse con libertad sus misteriosas e inacabables confidencias; pero no siempre pasaba esto. Cuando Alfredo temía que iban a estar solos con la señora, acudía a mí para que conversara con ella.

En cierta ocasión me rogó temprano que lo acompañara esa noche. Necesitaba ir prevenido para comunicar a Julita, sin estorbo alguno, cosas muy importantes.

—¡Cosas muy importantes!—exclamé de mal humor, porque tales visitas me aburrían. —Bien sé cuáles son esas cosas tan importantes. Siempre la misma historia. ¿Van a cambiar la estrella que tienen que mirar a cierta hora precisa cuando están separados? Es tiempo, porque ya comienzan las vacaciones.

—No te acuerdas, primo, de lo que es estar enamorado. Te prometo que, después que me case, hablaré con Julita de las cosas más trascendentales: ciencias exactas e inexactas, filosofía, literatura... Pero, mientras tanto, ¿me acompañarás esta noche?

—Si no hay manera de escaparme...

—Gracias. Como siempre, pasaré a buscarte. Procura estar listo.

Después de la comida, continué la lectura de un libro muy ameno y se me había pasado el tiempo sin sentir. A la hora de costumbre llegó Alfredo.

—¿Todavía no te has vestido? Pues, hombre, me gusta tu calma—me dijo, andando de acá para allá en la pieza con impaciencia.

—Con seguridad no me demoraré ni la

décima parte del tiempo que has echado en componerte—repliqué desperezándome y levantándome de malas ganas.

Bien poco tardé en arreglarme. Cuando Alfredo me vió ya listo para salir, me dijo:

—Tal vez te será molesta la visita. ¿O pensabas ir a otra parte? Mira, puedo ir solo. Es algo incómodo, pero tengo en la casa la suficiente confianza...

—Si es así, me quedaré. La verdad es que ahora... —y disimulé a medias un bostezo fingido.

Alfredo dió algunos pasos en la habitación muy agitado, y luego se plantó frente a mí.

—Hombre, te diré que estoy algo nervioso, no sé por qué. No me hagas rabiar.

—¿Y para qué vienes con esas cortesías hipócritas y hechas sobre seguro? ¿Por qué no lo dijiste antes? Has esperado verme con el sombrero puesto... En fin, vamos de una vez—agregué secamente apagando el gas.

—Eres un primo incomparable, el más noble de los primos—me dijo Alfredo y me cogió cariñosamente del brazo.

—Ya lo creo.

En la calle sentí pesado el aire. A ratos soplaba con poca fuerza un viento caliente. Estábamos en diciembre y en el día había hecho calor; pero el de ahora era un calor sofocante. Arriba derecho se veían las estrellas. El horizonte estaba muy oscuro.

—Vamos a tener un cambio atmosférico —dije yo.

—Así parece. Quizás por eso estoy algo nervioso. Me siento impaciente e irritable. *La tempesta s'avicina*—añadió Alfredo entonando un recitado de ópera.

Tenía voz apenas regular y desentonaba un poco; pero él creía que su canto era agradable y singularmente expresivo. Acostumbraba intercalar en la conversación familiar frases de canto italiano. Más de una vez lo sorprendí solo en su pieza, con el bastón cogido a manera de espada, provocando líricamente a un rival imaginario, e inventando terríficas melodías sobre las palabras *la mia vendetta, il mio furore*. Decía Alfredo que las romanzas lánguidas y lloronas no se avenían con su temperamento musical, sino esas arias que manifestaban

afectos enérgicos y varoniles. Le gustaba mucho *Il Trovatore*.

Mientras íbamos andando, mi primo se puso a contarme, con la naturalidad de quien vuelve a seguir una conversación interrumpida, que en la mañana se había juntado con Julita, cuando daba ella su acostumbrada vuelta por las tiendas en compañía de una prima.

—Estaba tan linda—me dijo—tan linda como nunca la había visto. No lo digo por ser mi novia. No tendría gracia que así la alabase. Hablo imparcialmente. La contemplaba a sangre fría, como si fuera ella una persona del todo extraña para mí, con quien nada tenía que ver. Y sin embargo, despertaba en mí una emoción profunda e indecible simpatía. El traje le sentaba primorosamente. ¡Tiene tan buen gusto y es de tan soberana elegancia!

Alfredo me refirió y comentó, con infinitos pormenores, tres o cuatro reflexiones de la niña, que a mi juicio, nada tenían de particular; pero, para él, eran muestra de un ingenio vivo y despejado, por lo cual la declaraba tan inteligente como hermosa.

Luego se puso a convencerme con mucho

empeño, como si yo le estuviera contradiciendo, de que su felicidad estaba en casarse con Julita y de que no había en el mundo otra mujer que se aviniese más con su carácter, ni era posible hallar otra, ni buscada con candela. Aquella suavidad, aquella prudencia, aquel interés tan abnegado por todo lo que a él concernía, aquel pensar en todo lo mismo que él pensaba... no, no podía haber otra como Julita.

Mientras tanto, yo me estaba aburriendo, porque lo sabía eso de memoria, no sólo por haberlo oído infinitas veces a Alfredo mismo sino a todos los novios que me han hecho confidencias. Estos enamorados que hacen confidencias cansan bastante. Son pueriles, repetidores. No toman en cuenta el esfuerzo de atención del confidente. Nada les importa que éste tenga prisa o se halle en postura incómoda. Si lo encuentran en la calle, lo agarran del brazo y, dando y cavando en el mismo asunto, lo obligan a andar cuerdas de cuerdas a paso de tortuga. Pero se ponen tan ingenuos, tan ridículamente ingenuos, que dan lástima e infunden paciencia.

Distraídamente pensé en ese libro ameno que estaba leyendo cuando pasó mi primo a buscarme, y recordando un pasaje muy alegre y divertido, me sonreí. Probablemente coincidió mi sonrisa con alguna agudeza de Julita que estaría contando Alfredo, porque me dijo:

—¿Lo encuentras ingenioso? Vaya si lo es. Todos los que estaban presentes se rieron a carcajadas. Para una respuesta viva y oportuna no hay como ella. Es capaz de dejar callado a cualquiera.

Me reí más y él agregó contentísimo:

—Ahora mismo voy a contarle cómo le has celebrado el chiste. Y con ser tan viva es muy seria, aun en cosas que nada tienen de particular. No me deja acercarme mucho a ella, ni siquiera quitarle alguna pelusita del vestido. No he podido besarla y abrazarla sino muy pocas veces, a escape y por sorpresa, en circunstancias especiales, como algún encuentro casual en pasadizo sin nadie o mal alumbrado, o disimuladamente en apreturas. Por estas libertades tenía yo que soportar durante dos días una carita enojada, la más mona que puedes

imaginarte. Yo no convengo en eso. Son escrúpulos tontos, porque al fin... qué diantres... entre novios... ¿Y lo creerás? Te confesaré aquí que eso me gusta.

Yo me puse a mirar el cielo silbando a la sordina.

—A veces pienso—continuó Alfredo, sin darse cuenta de lo que yo hacía—en mi extraordinaria suerte de encontrar de buenas a primeras, a la única mujer que podía hacerme enteramente feliz. Nada se opone a que Julita hubiese vivido en otra parte. No nos habríamos conocido. Yo me enamoro de otra con la cual me caso. Ella seguramente se casaría con otro. Figúrate que, en tal situación, nos hubiéramos encontrado en alguna parte.

Silbé con más fuerza; pero inútilmente.

—Claro está—prosiguió mi primo—que el amor habría prendido al punto en nuestros corazones, puesto que hemos nacido el uno para el otro. ¿Qué hacer? Ella no faltaría en ningún caso a sus deberes de esposa. De mí... no sé qué decir. Claro está que yo amaría a mi mujer; pero... pero...

Cuando pienso en esto me dan unos como vértigos. ¿Comprendes la situación?

—¿Qué situación?—le pregunté mirándolo con el entrecejo arrugado.

—La mía. Te estoy hablando de la mía.

—Estás loco.

Al punto se paró, tomó postura de ópera, extendió hacia mí el brazo derecho, y entonó un recitado, procurando imitar la voz de un bajo profundo.

—*Io son... un loco!*

Y agregó:

—¿Cómo se dice loco en italiano? ¿Sabes tú?

—No sé nada. Sólo sé que a este paso y parándonos a cada rato no llegaremos nunca.

—Tienes razón. Debemos marchar a la conquista de la fortaleza. En marcha.

Y echó a andar precipitadamente y a grandes trancos, hasta llegar a la casa. Me costaba seguirlo. Felizmente la casa estaba cerca.

Al llegar a la puerta de calle, Alfredo se cuadró militarmente y me dijo:

—A sus órdenes, mi comandante.

Entramos. La reja del zaguán estaba sin

llave. En el fondo del patio, por una ventana entreabierta de la sala de recibo se divisaba a Julita que estaba bordando bajo la lámpara. Alfredo se acercó en puntillas a la ventana y volvió a juntarse conmigo.

—Qué cosa más rica,—me dijo al oído.— Me la comiera toda entera sin dejar un pedacito.

Yo ni regalada me la habría comido. La encontraba casi fea: carirredonda, boca grande y sin gracia, nariz pequeña y apretada, la frente demasiado saliente. La salvaban de ser fea sus ojos negros y expresivos, y la mata de pelo también negro, brillante, algo crespo, que se le repartía en dos largas trenzas. Tenía buen cuerpo, bien que un poquito echado adelante.

Era piadosa, inteligente, afable, hacendosa. Abundaba en cualidades muy meritorias; pero le faltaba el gancho de la simpatía y del atractivo físico. En realidad, no tenía atractivos para volver loco a nadie. Y sin embargo Alfredo la amaba con locura. ¿Cómo se explica esto? No lo sé. El hecho es que él la consideraba una criatura perfecta, llena de hechizos irresistibles.

Ni podía decirse que este matrimonio ofrecía a mi primo ventajas materiales. Ambos pertenecían a una misma clase social y, en cuanto a bienes de fortuna, él había reunido un buen capital arrendando un fundo a su padre, que era bastante rico.

Don Francisco, el padre de Julita, estaba casi arruinado. Era dueño de una hacienda grande; pero la tenía hipotecada hasta el tope, fuera de varias otras deudas. Le había dado por ser agricultor progresista. No hablaba más que del cultivo intensivo y de las experiencias que hacía con toda especie de máquinas recién inventadas, y con ciertas semillas, plantaciones y labores especiales del terreno. Se daba aire de benefactor público.

—Reconozco—decía a quien quería oírle—que mi abnegación por el progreso de la agricultura me ocasiona pérdidas considerables, hasta ponerme en graves aprietos; pero no me importa sacrificarme si consigo que mis conciudadanos dejen la rutina y entren de una vez por los métodos modernos de cultivo, aumentando así la riqueza pública y el bienestar general.

Ahora bien, todas esas historias de máquinas y experimentos agrícolas de don Francisco, eran pura faramalla. Lo que hacía en esta materia era de reducidas proporciones y no podía ocasionarle pérdidas medianamente graves; la causa de que estuviera mal de fortuna, era otra: jugaba. Siempre había sido jugador, eso sí que bastante moderado. Pero en los últimos años se aficionó a jugar grueso, y le vino la mala suerte.

Como Alfredo lo temía, hallamos a la señora sola con su hija y dos hermanitas menores que luego se retiraron. La señora estaba leyendo.

El vestido de Julita era de lo más sencillo: de percal muy fino, blanco con florcitas de color celeste. En la cabeza, en el cuello, en la cintura, en la extremidad de las trenzas, llevaba ella cintas celestes y, en el pecho, un delicado ramillete. Daba, no hay que negarlo, una agradable impresión de frescura y juventud. La postura que tenía cuando entramos, la encontré igual a la de Margarita de Fausto cuando aparece hablando. Indudablemente Julita se daba sus

trazas para parecer bien, como es natural. Por debajo del vestido le asomaba un piesecito que bien pudo no asomarse: era corto y ancho.

Casi a un mismo tiempo Alfredo y yo nos apresuramos a dar la noticia de que tal vez iba a llover, la cual les causó sorpresa y alarma de las más tranquilas.

Misiá Cristina tiró el cordón de la campanilla que tenía junto a su poltrona. A la criada que se presentó en la puerta le hizo señas de que se acercase. La criada se acercó, se agachó para oír lo que le ordenaban en secreto y, enderezándose, dijo a toda voz:

—No hay ropa tendida en el último patio. La Manuela la recogió temprano, porque creía que iba a llover.

—Andate—le dijo la señora, entre fastidiada y confusa.

Mientras conversaba yo con ella acerca de si la lluvia vendría bien o no, mi primo se puso a contemplar un lindo ramo de flores que había en una mesa. Julita se acercó a él, tal vez para explicarle qué flores eran esas, y luego se sentaron algo apartados de nosotros. Yo, que hasta ese momen-

to había permanecido en pie con cierta indiferencia, coloqué mi silla de tal suerte que estorbaba la vigilancia de la señora, y comencé a desempeñar lo mejor que pude mi papel mefistofélico.

Di una mirada a un gran espejo colgado casi al frente de mí, para ver si yo parecía bien y hacía una figura cortés, amable y de elegante desembarazo; pero no alcanzaba a mirarme sino en parte. En cambio vi muy bien reflejados en un ángulo del espejo a los novios. Me tentó la curiosidad de ver qué hacían. Por fortuna, la conversación de la señora no era de las más absorbentes, y sin distraerme podía mirar el espejo con disimulo.

Al principio los novios no ofrecían nada que llamara la atención. Muy caídos de cuerpo el uno hacia el otro, trataban, sin duda, de esos asuntos tan importantes que tenía que comunicar Alfredo. Después de un rato, noté que mi primo, con ademán algo nervioso, se acercaba más y más a Julita, y manifestaba vivo interés en examinar muy de cerca el bordado que tenía ella en la mano y en el cual daba una puntada

de cuando en cuando. No debió de agradar ese examen a la niña, porque tirando hacia sí la labor se retiró un poco. Alfredo se enoja. Ella le pasa el bordado. El no lo quiere tomar. Luego ví a mi primo echado atrás en el asiento y mirando fijamente el empapelado de la sala. Tenía la boca apretada y se retorció el bigote. Julita, mientras tanto, bordaba con mucho empeño y prolijidad.

Habrían pasado así quién sabe cuánto tiempo, si un incidente no hubiese venido a agravar la situación.

Al cambiar de postura en la silla, pisé un botón de rosa tirado en la alfombra y que no había visto. Lo tomé.

—¡Qué lástima! Un botón tan lindo... Seguramente se le habrá caído a Julita— dije volviéndome hacia ella, y me levanté para dejar la flor encima de una mesa.

—¿Qué botón es ese? —preguntó Alfredo acercándose.—Lo conozco—murmuró y volvió a su asiento.

Bien pronto observé por el espejo que mi primo hablaba a Julita con gran vehemencia y enojo, hasta el punto de que la pobre

niña, muy inclinada sobre su labor, comenzó a llevarse el pañuelo a los ojos lo más disimuladamente que podía. Al ver esto, y temeroso de que la señora fuera a notarlo, me puse a conversar empeñosamente con ella.

Era doña Cristina una señora baja, redondita, de cara muy parecida a la de Julita, de peinado bien liso con un moño pequeño, apretado con suficientes peinetas y horquillas. Vestía de negro con extremada sencillez. Siempre sonreía con afabilidad. Manejaba con soltura un abanico grande de seda negra.

—Y Ud., misiá Cristina, tranquila y contenta como de ordinario.

—Así parece, pero la procesión anda por dentro.

—¡Cómo! ¿Alguna contrariedad? No es posible—dije alarmado como si el caso me importara mucho.

—Es posible, y se trata de una contrariedad nada insignificante. Figúrese que ayer, el ama de Julita me dijo que iba a dejarnos. No se le ocurrirá a Ud. la causa. Va a casarse con el que trae todos los días

la carne, un muchacho de diez y siete años. Aun no me he atrevido a decirle nada a Julita. Puede ser todavía que esta mujer piense. ¿Ha visto Ud.? En qué tiempos estamos.

—Estas averías, misiá Cristina, son de todos los tiempos, de todas las épocas, de todas las edades, de todas las casas, familias y de cuanto Ud. quiera. Mire Ud. Hace poco nos contaba mi abuelita que, recién casada, tomó de cocinera a una mujer de cierta edad del fundo de mi abuelo, habilísima para el valdiviano, la cazuela, las empanadas. Había pasado más de quince años en la casa...

Inesperadamente entró don Francisco. De ordinario, después de comer, salía disparado al club y a sus tertulias, y se recogía tarde de la noche.

Julita aprovechó la ocasión, y salió disimuladamente.

—¿Tan temprano por acá, señor don Francisco? —le dije saludándolo.

Al acercarme a él, noté que tenía el color malísimo y el ojo izquierdo lloroso y con el párpado caído.

—¿Alguna indisposición?—le pregunté.

—Amigo, no me enfermo nunca—me contestó. —Tengo una salud de fierro. El tiempo está malo. Parece que va a venir una borrasca, y me he recogido temprano porque, a mi edad, amigo, es preciso cuidarse, aun cuando uno sea muy sano. Pero me van a permitir... —agregó pasando a las piezas interiores.

Don Francisco tenía la manía de hacer creer que no se enfermaba nunca y que su salud era de fierro. Se enfermaba como todos, era dispéptico y por temporadas padecía fuertes reumatismos; pero, en cada enfermedad, sostenía que era la primera, no contando naturalmente indisposiciones insignificantes, y no recordaba haber guardado cama desde mucho tiempo atrás. Cuando se echaba a la cama se ponía quejumbroso y exigente como niño chico, porque decía que, no estando acostumbrado a eso, era natural temer que fuese mortal o, por lo menos, muy grave una enfermedad en hombre tan sano y de constitución tan firme y robusta.

—De seguro que viene enfermo—dijo

la señora.—El cambio de tiempo debe de haberle hecho mal. Suelen darle unos dolores neurálgicos que le toman el ojo. Pero él no lo confiesa nunca. Me dispensarán si voy a ver qué se le ofrece.

Apenas quedamos solos me dijo Alfredo con precipitación y muy alterado:

—Es preciso que nos vamos inmediatamente. No quiero estar más tiempo aquí.

—Pero ¿qué hay? Una retirada tan repentina...

—Afuera te contaré. Da excusas.

Cogió el sombrero.

Volvió la señora y dijo muy sorprendida:

—¿Cómo?... ¿Ya se van? Lo de Francisco es poca cosa.

Bien vió que Julita no estaba ahí. Sospechó algo, pero no dijo nada.

Me excusé con el mal tiempo. Tal vez don Francisco necesitaría cuidados... Insistí y nos despedimos.

No bien salimos a la calle, me dijo Alfredo en tono solemne:

—Primo, todo se ha acabado. No vuelvo más a esta casa. Lo he resuelto y lo he de cumplir, pese a quien pese.

Lo miré con asombro.

—Alfredo ¿estás en tu juicio?

—¿Si estoy en mi juicio? Nunca lo he estado como ahora. Te lo juro.

—Pero cuenta, hombre—le dije con inquietud.

—Debo advertirte previamente que esta niña siempre ha pretendido dominarme, manejarme como a un muñeco. Pero se equivoca. Bueno soy para eso. Ya habíamos tenido varias discusiones acerca de este punto. Generalmente yo he cedido; pero ahora la medida se ha colmado. Oyeme y me encontrarás razón.

—Te estoy oyendo hace rato—le dije con impaciencia.—Cuenta de una vez.

—Estábamos conversando con tranquilidad—prosiguió Alfredo—cuando distraídamente tomé la labor que Julita tenía en la mano. Es decir, distraídamente, no. Te hablaré con toda franqueza. Quería tocarle la mano, el brazo, el vestido, cualquiera cosa. Quería una comunicación... vamos... no sé cómo decirte; pero tú me entiendes.

—Sí, sí, lo de siempre, lo de todos los enamorados...

—Bien. Cualquiera otra habría dicho con suavidad: «No, no, deja. Mi mamá puede ver». Pero la señorita, sin decir palabra, se apartó con aires de princesa a quien le faltan al respeto, que no le sientan ni por asomos. Fué materialmente como si me hubieran echado encima un valde de agua fría. Al punto se apoderó de mí la indiferencia más completa. Me eché atrás en el asiento a esperar no sé qué. No le quise hablar. A ella le tocaba rogarme. No lo hizo, y su silencio me comenzó a acalorar por puro amor propio y no por otro motivo.

—Entonces apareció el botón de rosa— dije yo.

—Apareció el botón de rosa. Ese botón se lo había dado yo en la mañana en un ramillete, pidiéndole que lo llevara prendido todo el día. Piensa tú si no sería para irritarme ver el poco caso que hacía de mis flores. Le dije cuanto me pasó por la cabeza. Ella, la hojita de malva, se puso a lloriquear. No saben otra cosa. Pero bien se guardó de decir una sola palabra de excusa. A orgullosa, orgulloso y medio. No vuelvo más. Lo digo y lo repito.

Cuando entendí que se trataba de puras bagatelas, me tranquilicé y traté de apurar el paso. El cielo estaba oscurísimo, el viento soplaba con fuerza, relampagueaba a lo lejos. La lluvia no tardaría en caer. Pero Alfredo se iba exaltando solo y hablaba mil cosas. Con el sombrero echado atrás, gesticulaba sin tino y caminaba con lentitud desesperante. Cada dos o tres pasos se paraba y se volvía hacia mí con los brazos cruzados.

—No, —continuó—es cosa resuelta. Y celebro esta oportunidad de romper mi compromiso con Julita. Porque te confesaré que siempre he tenido recelos de no ser feliz con ella. No niego que es bonita, eso está a la vista. Menos niego que es muchacha buena. Pero su carácter... ese carácter insufrible... Cuando quiero una cosa, ella quiere otra o no quiere ninguna. Mira, yo soy hombre práctico y he tenido una norma en la vida de la cual nunca me he apartado. Es esta: tomar las cosas como se presentan. Aquí se presenta una manifiesta incompatibilidad de caracteres. Ahora bien, nadie debe intentar la unión de cosas que

no pueden estar unidas. *Ecco*. Por consiguiente, no hay más que hablar.

Y había más qué hablar, porque prosiguió:

—No, es cosa resuelta. Cuando uno está enamorado la pasión lo ciega; pero a veces, felizmente, vienen momentos lúcidos en que se ven claras las cosas como las veo ahora. No podrás negar que te hablo con toda calma y tranquilidad.

Sacó un cigarrillo y no acertaba a prender un fósforo por la agitación en que estaba.

—Sí, primo—continuó, y me sujetó a tiempo que un trueno me había hecho dar unos pasos precipitados.—Sí, primo. Cada uno debe atender a su felicidad. Esto es lo primero. Lo demás es tontería. Julita no podía hacerme feliz. Oyeme y me encontrarás razón.

—Te estoy oyendo y tal vez no te encuentre razón. Pero andemos más a prisa porque no tengo ganas de mojarme.

—Me la encontrarás—insistió Alfredo y se puso a enumerar una cantidad de crímenes inauditos de Julita.

Uno de los más graves recuerdos que era acerca de un vestido. Alfredo había exigido a Julita que fuese a cierta reunión con un vestido que a él le gustaba mucho y ella fué con otro.

—Fué con otro—dijo mi primo en extremo indignado—a pesar de haberle exigido terminantemente que fuese con el vestido que yo le había indicado. ¿Y sabes qué disculpa dió? Que a su madre no le había parecido propio que fuera con ese, sino con otro que precisamente yo no podía ver.

—Pues en esto, Alfredo, no te encuentro razón.

—Permítame, primo—me replicó con uno de esos arrebatos de exquisita cortesía que suelen tener las personas cuando están muy acaloradas. —Permítame, primo, que me tome la libertad de disentir de su opinión, muy ilustrada por otra parte. Pero en esto creo entender más que usted. Si un novio ni siquiera tiene el derecho de designar el vestido que se ponga su novia, ¿qué derecho tiene? Es claro... Julita debió haberse puesto el vestido que le dije, a despecho y pesar de su madre y de todas las ma-

dres del mundo. Esta es mi humilde opinión.

Anduvo un poco como arrastrando los pies, mirando el suelo y con las manos en los bolsillos del pantalón.

Luego se paró, se volvió a mí con los brazos cruzados y añadió:

—Pasemos a otra cosa. Lo demás ya es historia antigua. ¿Has visto en el diario de esta mañana el alza del trigo? ¡Qué maravilla y en víspera de la cosecha! Tengo una sementera muy grande y en excelente estado. Y ahora, libre de preocupaciones y tonterías, me voy a dedicar a mis trabajos, que andan un tanto descuidados. Eso si que... estoy temiendo... se me ocurre en este momento... La verdad es que uno no se hace muy fácilmente a tales cambios de vida.

Noté que le temblaba un poco la voz.

—Creo —continuó con modo grave y pensativo— que voy a experimentar un vacío... Temo que me entren ganas de viajar... Tal vez sea esto necesario, porque al fin...

No seguía, seguramente tenía un nudo en la garganta.

Habíamos llegado a la puerta de mi casa. Alfredo vivía pocas cuadras más allá.

—Buenas noche, primo—le dije. — Procura dormir bien. Estás muy acalorado. Mañana amanecerás tranquilo y todo pasará.

Alfredo movió tristemente la cabeza.

—Dormir... ¿Cómo crees que voy a poder dormir después de lo que ha pasado? ¿Qué dirá la gente cuando sepan que se ha roto este matrimonio? Sobre todo mi mamá que estaba tan contenta... Y al fin ¿es poca cosa que uno haya tenido la felicidad en la mano y de repente la vea perdida? ¡Tantas esperanzas, tantas ilusiones desvanecidas!

El pobre muchacho comenzó a enternecerse hasta el punto de saltársele las lágrimas. Me dió lástima.

—Anda, Alfredo—le dije cariñosamente. No seas niño. Te acompañaré hasta tu casa.

No habíamos andado una cuadra cuando le vino una reacción, e irritado de su propia sensibilidad, se puso a hablar de Julita con más furia que antes.

Cuando ví que volvía a las mismas y que aquello no llevaba término, me paré.

—Aquí te dejo, Alfredo. Te repito que diviertas el ánimo y procures dormir.

—Por eso no te apures, primo—me replicó.—Te aseguro que dormiré y más bien que nunca. ¿Crees que una chiquilla como Julita es capaz de hacerme perder el sueño? ¡Bah! Ya le gustaría a ella saber que no duermo, y que estoy flaco, enfermo, demacrado. Pero todos me verán tan gordo y tan sano como no lo he estado en la vida. Buenas noches.

Se alejó a pasos apresurados y pisando fuerte.

Llegué a casa muy a tiempo: comenzaban a caer gruesos goterones. Las impresiones de Alfredo y su hablar como torbellino me habían fatigado y me dormí profundamente. Entre sueños sentí ráfagas que estremecían las puertas y ventanas; silbidos del viento que se colaba por el agujero de las cerraduras; truenos, chorros de agua, chapotear de caballos en la calle.

Cuando me levanté, la mañana estaba

hermosísima, el cielo sin nubes, transparente como un cristal.

Salí a dar un paseo por la parte central de la ciudad. Al pasar por un almacén de música, divisé, en el fondo, bien juntos y en íntima conversación a Alfredo y su novia. La prima de Julita, que la acompañaba, estaba un poco separada, viendo una pieza de música.

Entré presuroso, con semblante alegre. Los saludé regocijado al verlos tan unidos.

—Buenos días, buenos días. Forman ustedes un grupo joven, alegre, luminoso como la mañana.

—Pero la noche fué tremenda—me dijo Alfredo riéndose.—Ven acá, primo. ¿No es verdad que me encontraste razón?

—¿Que te encontré razón? Lo que encontré fué que estabas pesadísimo, insoponible.

—Perdónelo—me dijo Julita sonriendo.

Estaba todavía emocionada con la reconciliación. Su fisonomía expresaba tal suavidad y ternura que me pareció que se le había mudado la cara. No la ví fea, lejos de eso. ¿Alfredo la vería siempre así? pensé.

---

¡Qué gran artista es el amor! Es el arte mismo.

—Perdónelo—repitió Julita, esta vez con cierto modo picaresco. Y dándose golpecitos en las sienes, añadió:

—A este pobrecito le falta algo.

—*Questa infame Eleonora!* —exclamó *sotto voce* Alfredo con un ademán que, si le hubiera sido lícito continuarlo, habría acabado en estrechar a Julita contra su pecho.

—*Ah, questa infame!* Sí, algo me falta... ¡el corazón que me has robado, *infida!*



## Darwin en San Fernando

Por una de las calles de San Fernando iba yo leyendo un artículo de *El Porvenir* sobre el darwinismo, cuando me sentí cariñosamente abrazado por la espalda. Era mi amigo Roberto, agricultor, que tenía un fundo en esos contornos. Llevaba el mismo camino que yo.

—¿Leyendo?—me dijo.—Debe de ser cosa muy interesante, porque venía mirándote y no levantabas la cabeza.

—Sí. Es un artículo sobre Darwin.

—Darwin... ¡qué hombre tan grande! —exclamó Roberto con ampuloso entusiasmo, por picarme.

Era incrédulo o cosa por el estilo; pero sin odio a la religión, a la cual no daba la menor importancia. Sin embargo, allá en sus adentros conservaba una chispa de fe que solía descubrir en los apuros.

—¿Y por qué es tan grande?—le pregunté volviéndome a él de frente y con ánimo de trabar discusión.

Me gustaba discutir con él. La echaba de entendido en letras; pero sabía aún menos que yo. Sin quedar en manera alguna convencido, cedía ante mis argumentos. Fácilmente lo perturbaba con aparatos de energía, vivacidad y convicción profunda. Por ejemplo, cuando no se me ocurría absolutamente nada sobre algún punto, le decía con cierta exaltación: para explicarte esto necesitaría escribir un libro. O bien: sobre esto podría escribir volúmenes. En realidad, me habría visto en apuros para escribir unos pocos renglones. Pero él se asustaba con este alarde de conocimientos y dejaba pasar sin reparo las vaguedades que disimulaban mi ignorancia.

—¿Por qué es tan grande?—repetí.

—¿Por qué? ¿Te parece poco arrostrar las preocupaciones del cristianismo y descubrir que el hombre desciende del mono?

—Me parece poco. A cada paso encontramos a individuos que arrostran esas preocupaciones que dices; y en cuanto al descu-

---

brimiento aquel, es un solemne disparate como cualquier otro.

—Ya vamos a la intolerancia, a la exageración—dijo Roberto con el disgusto de un hombre superior delante de preocupaciones vulgares;—ya vamos a la falta de respeto a un sabio eminente, sólo porque no es católico.

—No vamos a la intolerancia, ni a la exageración, ni a ninguna parte.—repliqué, golpeando enérgicamente con el revés de la mano derecha el diario que tenía doblado en la izquierda.—Me quedo corto al decir disparate. Ni Darwin, ni nadie ha conseguido probar esas teorías y no lo conseguirán jamás. Y te advierto que Darwin no ha sido el inventor de aquello del mono. Desde que la ciencia comenzó a prescindir de Dios, forzosamente tenía que buscar el origen del hombre en las transformaciones de la materia. Para eso, el mono estaba ahí como mandado hacer. Lamarck fué de los primeros en determinar esta doctrina. El abuelo de Darwin la seguía. Y Darwin anda en comunidad con muchos otros: Wallace, Lyell, Huxley, principalmente Hackel, y

qué sé yo cuantos más. El mismo lo declara. Todos ellos son cartas de una misma baraja, y unos poniendo unas cosas y otros otras, concurren a un mismo juego. No te diré quién es el que maneja el naipe y talla en ese juego, porque tu penetración...

—Sí, sí—dijo Roberto, encogiendo desdenosamente los hombros.—Es claro. En asuntos de esta clase no puede faltar el demonio.

—No puede faltar. Esa es la verdad, y baja los hombros. Y ten entendido que el demonio es harto más diablo de lo que supones. A unos agarra sirviéndose de las mujeres; a otros sirviéndose de la ciencia; y a otros, como a ti Roberto, echando mano a un tiempo de las mujeres y de la ciencia. Bien. Como te decía, Darwin no debe su fama al tal descubrimiento. Lo que le ha dado fama universal es su ingenio, que lo tiene muy grande, para dar apariencia racional a esos sistemas en que indefectiblemente tenía él que embocarse y se había embocado ya la ciencia materialista. Los otros colaboradores eran más rudos, más dogmáticos, más pesados. Darwin se insi-

núa con mucha suavidad, es muy ameno, sabe escamotear con grandísima limpieza los datos y observaciones que le estorban, abulta los que le convienen, aquí se hace el desentendido como si tal cosa, allí da un salto enorme como si diera un simple tranco.

«Donde puede discurrir con verdad y seguridad como naturalista — continúe — deslumbra al lector con investigaciones y pormenores curiosísimos, y no bien lo tiene deslumbrado, le desliza de pasada una afirmación vaga sobre materias de un orden que no está a su alcance. Sigue, vuelve a deslumbrar con curiosidades de historia natural, y luego coge aquella afirmación vaga como si fuera cosa ya probada, y arma sobre ella un castillo muy bien trabajado. Herbert Spencer, en su terreno, es también por el estilo; eso sí que de una aridez y pesadez tremendas.

—Examinemos más de cerca este asunto, si te parece—dije a Roberto, encarándome con él—Recordemos algunas partes de sus obras. ¿Cuáles has leído?

—¿Yo?... Algunas... no recuerdo bien...

—Vamos, vamos, señor darwinista—le

dije palmoteándolo en la espalda. ¿Has leído poco de Darwin?

—Hombre... unos trozos...

—Que verías en algún periódico. No lo extraño. Es cosa común en los partidarios de Darwin, por lo menos en los que he conocido. Pero es una vergüenza, Roberto—añadí afectando gravedad—es una vergüenza que no conozcas nada de tu grande hombre. Si te toca nacer años antes, y a Darwin se le hubiera ocurrido volver a San Fernando, lucido habrías quedado al presentarle tus respetos.

Roberto se rió sin ganas y como por hacer algo.

—¿De qué te ries?

—Nada... Me pareció entender que Darwin había estado en San Fernando.

—Pues, hijo, es lo que te estoy diciendo: Darwin estuvo en San Fernando, en San Fernando de Colchagua, y no sería raro que hubiese andado por donde mismo vamos nosotros, porque esta calle no tiene traza de haber sido abierta ayer.

—¿Es broma? —me preguntó Roberto entre receloso y confuso.

—No, hombre, no es broma. Cuando pases a verme te mostraré el diario que Darwin escribió de su viaje por estos lugares.

—Pues me desayuno con la noticia—dijo mirándome muy sorprendido.—A ver, cuéntame eso.

—Y para disminuir un poco tu admiración por él, te anticiparé que este caballero se tomó la libertad de reirse de los sanfernandinos, ¡de tus abuelos, Roberto!

—¡Si no puede ser!

—Darwin—continuó—vino a Chile, si mal no recuerdo, en 1834, como naturalista de un buque inglés que andaba de viaje alrededor del mundo. Tenía entonces unos veinticinco años. Desembarcó en Valparaíso y, de paso para Santiago, se alojó en la hacienda de San Isidro.

—¡Pero este hombre lo ha visto todo!—exclamó Roberto levantando los brazos.

—¡Cómo es eso que lo ha visto todo! Darwin no ha visto nada de lo que había en la tierra hace muchos miles de años, y esa era la época en que debió haber emprendido un viaje de centenares de años, porque la

vida de un hombre no es nada para tales investigaciones.

—Eso es hablar por hablar—dijo Roberto.—Ahora a la ciencia le basta un hueso para reconstruir un esqueleto.

—¿Y también para reconstruir una alma? No seas bendito.

—No digo eso.

—Los famosos sabios, que tan fácilmente descubren a los antecesores del hombre, les reconstruyen el alma, siguen sus evoluciones, anotan cómo va desarrollándose...

—Hombre, será como tú quieras—dijo Roberto algo fastidiado.—Hazme el favor de seguir con tu cuento.

—Bien, sigo. Como te iba diciendo, Darwin se alojó en la hacienda de San Isidro, y ahí le proporcionaron un guía para que lo acompañara a subir al cerro de la Campana. En la noche se alojó a campo raso, comió charqui asado, tomó mate y quedó muy satisfecho. *Frid our charqui, took our mate, and were quite comfortable.* Recuerdo la frase porque me hizo gracia.

—¡Darwin, comiendo charqui asado y

tomando mate en compañía de un guaso quillotano!

—Y también le gustaban las niñas—dije yo cerrando un ojo.

—¿Sí?... ¿Hubo algo?—preguntó mi amigo con curiosidad maliciosa.

—¡Oh, no!—Un naturalista del Gobierno inglés... *Shocking*, hombre! Sino que más adelante, en su viaje, cuando venía para San Fernando, se alojó a este lado del Maipo, en casa de un hacendado, y ahí se encontró con varias niñas que le parecieron muy bonitas, *several very pretty señoritas*. Pero por dos o tres cosas que cuenta de la conversación que con ellas tuvo, las halló poco inteligentes. Me figuro yo que como él era feo, gringo, y de hablar tan cerrado que no se le entendería palabra, las niñas lo echarían a la broma.

—¡Si hubiesen sabido esas muchachas con quién estaban hablando!—exclamó Roberto con modo pausado y profundo.

—Pero, volvamos atrás—continué.—Recorrió el valle de Quillota, visitó las minas de Jahuel y se fué a Santiago. Le gustaba mucho subir al cerro Santa Lucía. De ahí si-

guió viaje al Sur. Pasó el Maipo por uno de esos puentes que llaman de cimbra, y dice que estuvo bien asustado. Durmió una noche en Rancagua, fué a los baños de Cauquenes y por último llegó a esta ínclita ciudad de San Fernando. De aquí torció para la costa y regresó a Valparaíso.

—Bueno. ¿Y por qué se rió de los sanfernandinos?

—Se formó muy triste opinión de ellos, por una paparrucha que le contó un alemán, un tal Renous, coleccionista de historia natural. La refiere Darwin con mucha formalidad y como dato ilustrativo de la capacidad de esta gente. Le dijo Renous que dos o tres años atrás, a una chiquilla de una casa de San Fernando le entregó varias orugas, encargándole que las alimentase y cuidase para que se volvieran mariposas. Luego se esparció la noticia de tan extraordinario encargo. La ciudad se alarmó. Los Padres y el Gobernador se reunieron en consejo, y unánimemente declararon que alguna herejía andaba de por medio. Volvió Renous a ver sus mariposas, bien descuidado de lo

que acontecía. Al punto lo cogen y lo llevan a la cárcel por hereje.

Miré a Roberto sonriéndome, como diciéndole: ¿qué te parecen las creederas de tu sabio? Pero él no me dijo nada, sino que se puso serio.

—¿Hay más pormenores del viaje de Darwin?—me preguntó parándose como para despedirse.

—Por cierto. Tiene muchas y muy interesantes observaciones sobre botánica, geología...

—Me refiero a pormenores curiosos.

—Recuerdo que le llamaron mucho la atención, las enormes espuelas de los guasos y dice que midió una rodaja con más de treinta puntas que tenía seis pulgadas de diámetro. Los rodeos, los estribos de los campesinos, le causaron sorpresa. Admiró también el brío con que el guaso lanza su caballo a escape contra una cerca, y al llegar lo revuelve en las patas traseras con esa limpieza y gallardía que ellos no más conocen.

—Cierto. Nada hay en el mundo como nuestro roto—dijo Roberto con entusiasmo.

—Para Darwin, hay algo superior a nuestro roto; es el gaucho.

—¿El gaucho?—dijo Roberto arrugando el entrecejo.

—Lo que oyes. Tiene un paralelo entre el gaucho y el guaso. Te aseguro que me dió bastante incomodidad leer lo siguiente: «El gaucho podrá ser asesino; pero es caballero, *is a gentleman*. El guaso, si bien lo aventaja en unos pocos puntos, es un hombre vulgar y ordinario, *a vulgar, ordinary fellow*.

—¿Eso dice Darwin?—dijo Roberto rasándose la barba nerviosamente.—¿Qué entenderá él por caballero?

—No es fácil saberlo. Apunta este otro dato. En uno de sus libros que trata del origen del hombre, *The descent of Man*, tiene un capítulo sobre el sentido moral, y entre los datos que expone para probar la teoría que va sosteniendo, se encuentra este: «La idea sola de tener sentimientos humanitarios, por lo que pude observar, era una novedad para la mayor parte de los gauchos de las pampas». Atame esos cabos.

---

«Tal es, Roberto—proseguí—la opinión que Darwin se formó del hombre de Chile. Tiene por medio tontas a nuestras niñas. Considera a los sanfernandinos... a tus abuelos, Roberto... como aldeanos más o menos imbéciles. Y por último, hay para él gran distancia entre el caballeroso gaucho y el roto chileno, un pobre diablo insignificante.

Roberto comenzó a sobarse repetidas veces la nariz con el pulgar y el índice, lo cual en él era señal de irritación comprimida. De pronto me dió la mano para despedirse.

—Adiós—me dijo, y añadió moviendo la cabeza y haciendo un gesto desabrido: —Darwin... Hum... Bueno es conocer de cerca a la gente.

Desdoblé el periódico y seguí mi camino.



## La edad

Un día (hace ya de esto algunos años), a tiempo de lavarme recién levantado, encontré en vez de mi peine otro que desconocí. Mi mujer todavía estaba durmiendo. Me acerqué a la ventana y ví que era un peine de carey muy fino. En un lado tenía grabado mi nombre, Francisco Soria, en letras doradas muy bonitas y elegantes, y abajo la fecha de ese día.

Me volví a donde estaba mi mujer y dije en voz baja:

—Laura... Laura... ¿estás durmiendo?

—¿Qué?... ¿Qué hay?—contestó ella como sorprendida y desperezándose.

—Hum... De seguro que no estabas durmiendo. Pero dime, este peine... ¿es regalo tuyo? ¿Qué significa?

—¿Y no das en lo que significa?—dijo Laura muy despabilada.

—No doy, digo la verdad.

—Ese peine, Francisco, es para que te peines las canas. Hoy cumples cuarenta años.

—¡Cuarenta años! Si no puede ser...—exclamé.

Eso no sólo podía ser, sino que sin duda alguna era así. Pero el deseo de no envejecer y de vivir en perpetua juventud es tal, que llega a perturbar la memoria. Desde que pasé los treinta años tenía tan buena voluntad para olvidar la fecha de mi nacimiento, que cuando alguna persona me preguntaba de improviso qué edad tenía yo, le contestaba: debo de tener tantos años; pero no se lo decía de una manera precisa y categórica, sino algo vaga, como cosa que no recordaba bien, e instintivamente me quitaba un par de años. Todo esto con buena fe y sin cargo de conciencia.

En aquellas circunstancias, felizmente muy raras, en que por disposición legal es menester declarar la edad, necesitaba esforzar la memoria, y no dejaba de causarme

cierto asombro al encontrarme con más años de los que me parecía que debía tener; pero, prestada la declaración, luego me olvidaba de la fecha. Para toda persona mayor, es sin duda desagradable tal declaración, porque, cuando llega este caso, uno puede observar que, hasta gente que no tiene presunción alguna, en vez de decir con sencillez la edad, toma un modo algo embarazado, y la declara en voz baja, acercándose un poco al oído del ministro de fe, y éste escucha con discreción y los testigos hacen como si no oyeran.

—¡Cuarenta años!—repetí.—¡Estás bien segura?

—Segurísima,—me respondió Laura.

—¡Cómo vuela el tiempo!—exclamé—con cierta tristeza.

Abrí bien el postigo y me acerqué al espejo.

—Pues no tengo pocas canas,—dije.—¡Y las arrugas! Todavía no se han abierto los surcos; pero están todos dibujados en la cara. Y aun parece que el trabajo ha comenzado cerca de los ojos.

Afortunadamente no era yo calvo, y me veía

libre de los cuidados, atenciones y exquisitos miramientos con que los calvos tratan a sus cabellos, como para quitarles la más mínima ocasión o pretexto de que abandonen la cabeza. Ellos, con todo, sin que haya poder humano que baste a sujetarlos, se van ¡ay! suavemente como los del romance:

Estos mis cabellicos, madre,  
Dos a dos me los lleva el aire.

Pero si estaba libre de la calvicie, no lo estaba de las canas, y confieso que ya me habían dado que hacer. Cuando tenía más o menos treinta y tres años, aparecieron por las sienes. Por cierto que lo noté primero que nadie. Como eran muy pocas, me las arrancaba, unas veces a hurtadillas y otras delante de mi mujer o de otras personas, como por vía de entretención y broma. Pero las canas iban en aumento, y entonces comenzaron a despertar en mí gran interés las recetas para la conservación y embellecimiento del cabello y los avisos de cosméticos. Probé algunas de esas recetas; pero sin resultado.

Las canas seguían multiplicándose muy a prisa, y ya comenzaba a ser cosa que se notaba, porque cuando solía encontrarme con amigos a quienes había pasado algún tiempo sin ver, luego me decían:—Hombre ¡y cuántas canas!

En ese primer tiempo tomé la excusa de que mi padre había tenido canas desde muy joven. Esto no me constaba, ni creo que fuese probable, porque murió con la cabeza más bien gris que blanca, y eso que alcanzó a una edad avanzada; pero había que dar una excusa, y hasta parecía bien decir que uno tenía canas antes de tiempo por causa hereditaria y fisiológica.

Atravesé después una temporada de adversidades y tribulaciones que se me agolparon en gran número, y no dejó de aprovecharlas mi presunción. Cuando me salían con aquello de: «¡Cuántas canas!», replicaba yo:

—Pues tengo pocas para lo que he padecido. Debía ya tener la cabeza bien blanca.

Y me iba por ese lado.

Más tarde discurrí anticiparme al denuncio.

—Aquí me tienes ya viejo. Mírame la cabeza—decía yo al que podía notar el lento daño que el tiempo iba haciendo en mi persona.—Mientras que tú estás siempre joven y fresco como una lechuga.

—Nada, hombre... Si estoy... Por ti sí que no pasan los años—replicaba el otro.

Con esto quedábamos en buen terreno.

La verdad es que todas estas señales precursoras de la vejez me parecían prematuras. Ni me disuadía de esta idea ver hechos hombres de poblada barba a niños que tuve en las rodillas, o muy señoras y madres de familia a chiquillas que ví desgreñadas y jugando con muñecas.

Mi salud ha sido generalmente buena y mi ánimo alegre. Cierto es que ya me costaba agacharme mucho. Correr, andar ligero, subir a saltos las escaleras, eso me agitaba bastante y me ocasionaba algún dolor de cabeza. Pero como rarísima vez me entregaba a tales ejercicios y los evitaba cuando podía, y siempre estaba sentado tranquilamente o paseándome a trancos reposados, me encontraba tan ágil como cualquier joven, y procuraba convencerme a mí mis-

mo que sólo había falta de ejercicio y poca costumbre en aquellos impedimentos.

Me consideraba en lo que llaman la fuerza de la edad. Desde hace tiempo había ido retirando más y más allá los límites de este período. A los veinticinco años me creía en él y miraba los treinta años como el principio de la decadencia. Llegué a ellos y ví que no había tal decadencia; y a los cuarenta me encontraba en toda la fuerza de la edad. Ahora tengo cincuenta y cinco años y tal vez un poco más, y hago una distinción: no hablo de lo físico sino que me considero en la edad de toda la fuerza intelectual.

Es particular cómo con el tiempo va uno cambiando su manera de apreciar las edades. Para los niños nada hay más vago que eso. Todos los hombres de bigote y barbas, y las mujeres de vestido largo, nos parecen como de una misma edad. Y más tarde nos admiramos de que tal tía o hermana que nos llevaba algunos años y que murió a los diez y nueve, haya muerto tan joven cuando nos parecía señora mayor.

Pues, conforme vamos envejeciendo, in-

currimos en otra especie de confusión: en todos vemos juventud. Los hombres de veinticinco años abajo, son muchachos o niños. Los que pasan de esos años, son gente más o menos moza. Y lo declaramos así con afectación. Nos preguntan por fulano —¡Si es un mozo de cuarenta años! decimos. Ha muerto tal individuo de cincuenta y cinco.—¡Qué lástima! Joven todavía.

Más de una vez he oído a un anciano de setenta años sostener con acaloramiento, citas de fechas e innumerables sincronismos, sostener, digo, que era cinco años más mozo que tal otro sujeto que pretendía ser de su misma edad.

Estaba yo limpiándome los dientes, cuando mi mujer me dijo:

—Parece, Francisco, que te ha entristecido la noticia del cumpleaños. ¿Por qué sientes no ser ya joven?

Me encogí de hombros e hice un gesto vago con la escobilla de dientes.

¿Por qué sentía no ser ya joven? Como he dicho, no me encontraba ni verde ni maduro, sino muy en sazón. Pero, con todo, notaba que algo iba desvaneciéndose en mí, algo

impalpable que no podía determinar y que deseaba mantener. Que un hombre entregado a la sensualidad, o ambicioso, soberbio, vano, sienta pesadumbre al ver que los años le van disminuyendo los bríos, le limitan los horizontes o le ajan y marchitan la persona, es cosa natural y lógica. Pero que un hombre de su casa, sin ambiciones ni codicias, contento con su estado sin desear mudarlo por otro, ni querer volver atrás en la vida, sienta perder la juventud, esto ya es asunto sutil y complicado.

En las tardes de invierno, cuando volvía de mi oficina a la hora en que el sol se transpone, y caminando hacia el poniente divisaba al fin de la calle algunas nubes encendidas, que suavemente y de prisa iban tornándose amarillentas, luego pálidas, hasta tomar un color ceniciento, triste y frío, experimentaba una impresión penosa. Así iba desvaneciéndose mi vida; así iba perdiendo poco a poco los vivos colores, los risueños celajes de la juventud; así iba acercándose al crepúsculo pálido y oscuro, precursor de la noche de la vida. Y como a esa hora van prendiendo los faroles de gas, pensaba que

solamente luces artificiales, goces ficticios, calor de chimeneas, de cuartos abrigados, es lo que acompaña a la vejez.

Esa transición de la juventud a la edad madura ya la había notado en las relaciones sociales. Las muestras de deferencia de parte de los jóvenes, las particulares atenciones de los dueños de casa que me ponían en lugares preferentes, donde se hablaba con gravedad y ceremonia, mientras más allá bullían las alegres pláticas de la juventud, me desagradaban al principio. Padeecía interiormente a veces cuando, en las reuniones, veía alguna niña bella y aguda, rodeada de galanes a quienes lanzaba desdenes ingeniosos. Si yo tentado de aspirar más de cerca la fragancia de esa flor de juventud y gracia, me aproximaba al grupo, luego la graciosa niña tomaba un modo reservado y discreto y contestaba un poco confusa, diciéndome con respeto «Señor». Los que la cortejaban se hacían a un lado esperando que se apartara el intruso. Indudablemente, ya había pasado mi tiempo, es decir, mi juventud.

—Pero ¿por qué sientes no ser ya joven?  
—volvió a preguntarme mi mujer.

—Hija,—le contesté,—no sabría decírtelo. Esto de acercarse a la vejez o de columbrarla por lo menos, se asocia en la imaginación con tapices desteñidos, con otoños deshojados, con la taciturna vuelta de un paseo donde uno esperaba pasarlo muy bien. En fin, no hay ilusiones... Parece que ya la vida no tiene objeto.

—¿No tiene objeto?—dijo Laura incorporándose a medias.—¿Cómo que no tiene objeto? El objeto de esta vida es merecer la otra.

Díjome esto con gran sencillez, como si hubiese meditado mucho tiempo esta verdad y estuviese familiarizada con ella. Laura era muy piadosa, de una piedad sólida e ilustrada. Por lo que a mí toca, tenía fe; pero una fe excesivamente tibia, floja y desmayada. Mi esposa me hacía de cuando en cuando sobre esto insinuaciones muy prudentes; pero yo luego la interrumpía con manifestaciones de visible mal humor.

Sin embargo, debió de conocer ella que mi ánimo estaba entonces más bien dispues-

to que otras veces para tales asuntos, porque insistió:

—¿No crees, Francisco, en lo que te he dicho?

—Sí creo,—le respondí con desgano;—pero eso es algo vago... poco práctico...

—¡Poco práctico!—exclamó ella sentándose en la cama y mirándome con el entrecejo arrugado y sonriéndose.—Querras decir que el objeto de la vida que te he dicho es un objeto algo incómodo. Eso de estarse uno vigilando continuamente y enderezando todos sus actos y pensamientos a la otra vida, estorba, embaraza en la presente. ¿No es eso?

—Tal vez sea eso,—le dije riéndome.

—Pues la incomodidad,—continuó ella,—se siente sólo al principio. Mira, te confesaré que yo también, hará dos o tres años, experimenté no sé qué vaga inquietud, no sé qué disgusto de una vida sin anhelos, limitada al monótono cumplimiento de las obligaciones domésticas. Echaba de menos el tiempo de mi niñez, o aquel en que estábamos de novios.

—Pues ahora que recuerdo,—dije,—noté

entonces una variación en tu carácter. Fué una época de muchos pequeños disgustos, de réplicas agrias...

—Sí, sí,—dijo Laura poniéndose colorada.— Pues bien, Francisco, acudí a mi director espiritual. Y recuerdo como si fuera ayer que, después de escuchar la larga y confusa explicación que le hice de mi estado moral, me dijo con la mayor naturalidad: Pero, hija, ¿cómo no le ha de pasar eso si usted real y verdaderamente está, como dicen, tomando el rábano por las hojas? El objeto de esta vida es merecer la otra, y usted está obrando como si ese objeto fuera gozar de la presente. Deje las hojas de rábano que están a la vista, y busque la raíz que es lo sabroso y que está oculta. Me señaló puntos de meditación sobre este asunto y lecturas apropiadas. Ello es que al poco tiempo pasó la inquietud y el mal humor y me vino una resignación llena de esperanza.

—Pero eso es para las almas espirituales,—dije yo.

—Es para todas,—me replicó Laura con viveza.—Lo que hay es que, cuando uno tiene pocas ganas de hacer alguna cosa, encuentra

fácilmente que es buena para otros y que uno no es capaz de hacerla. Si hicieras la prueba de pensar un poco...

—¿Me volvería joven?—le dije interrumpiéndole.

—Si pensaras un poco,—continuó ella,—verías que las distintas edades de la vida son distintas pruebas para el alma que, como inmortal, no tiene edad. Son como los obstáculos que salen al paso al príncipe siempre joven de los cuentos para estorbarle que liberte a la princesa, que aquí viene a ser el alma misma. Considera las cosas por este lado y verás que, para el caso, tanto da una edad como otra.

«Y mira la bondad de Dios,—continuó mi esposa.—Si siempre fuéramos de una misma edad, siempre jóvenes, por ejemplo, nos veríamos siempre trabajados por las pasiones propias de esa edad, y pudiera ser que, combatidos toda la vida por un mismo lado, al fin sucumbiéramos. Mientras que mudándose los asaltos, nos dan lugar para renovar la defensa en otras condiciones, y el que fué flaco en una edad tal vez logre recobrase en otra. Si te pones a pen-

sar con sinceridad, verás que todo se explica.

—Pero, Laura,—le dije paseándome con las manos atrás y mirando la alfombra,—si el objeto de la vida es el que dices, ¿por qué en la naturaleza todo envejece? Ni los animales, ni las plantas están viviendo para merecer algo. Lo racional sería que, por lo menos, no envejecieran, sino que conservándose en la amplitud de su ser en todo el tiempo de su duración, desaparecieran al cabo de ese tiempo.

—¿Por qué? ¿por qué?—repitió Laura mirando arriba y moviendo nerviosamente los dedos.—Mil razones habrá sin duda. Se me ocurre una. Puesto que el mundo ha sido creado para el hombre, Dios habrá querido que todo vaya en armonía con él. Puede ser también para que todo nos esté avisando que esta vida es pasajera y sujeta a decadencia, cosa que no tenemos presente cuanto es debido. Y puede ser para que el hombre no se desconsuele al verse como aislado en la naturaleza.

—Debe ser así,—dije parándome un mo-

mento y mordiéndome pensativo el bigote.— Debe ser así. Siempre me ha llamado la atención que, no bien asoma la primavera, comienzan las lamentaciones de los poetas, y dicen muy afligidos que todo renace menos el hombre. Sin embargo, se trata de un renacimiento enteramente ficticio. Esos retoños no son más que un simple período de la vida de las plantas, la cual sigue su camino a la vejez. Tales renuevos serán tal vez los últimos de un árbol viejo y carcomido. Tal césped no será quizás el mismo del año pasado. Y si por estas sombras de renacimiento el hombre protesta, ¿qué sería si él no mas envejeciera?

—¿Qué sería?—dijo Laura siguiendo con cierto anhelo mis pensamientos.—Ya lo ves como es cosa de pensar, de meditar con sinceridad. Pero no hay tiempo más que para los negocios.

—Sin embargo,—repliqué,—bien pudiera ser que me diera por ese lado, por meditar un poco. Y si se me ocurre, lo hago,—agregué ajustándome enérgicamente a dos manos el chaleco.

---

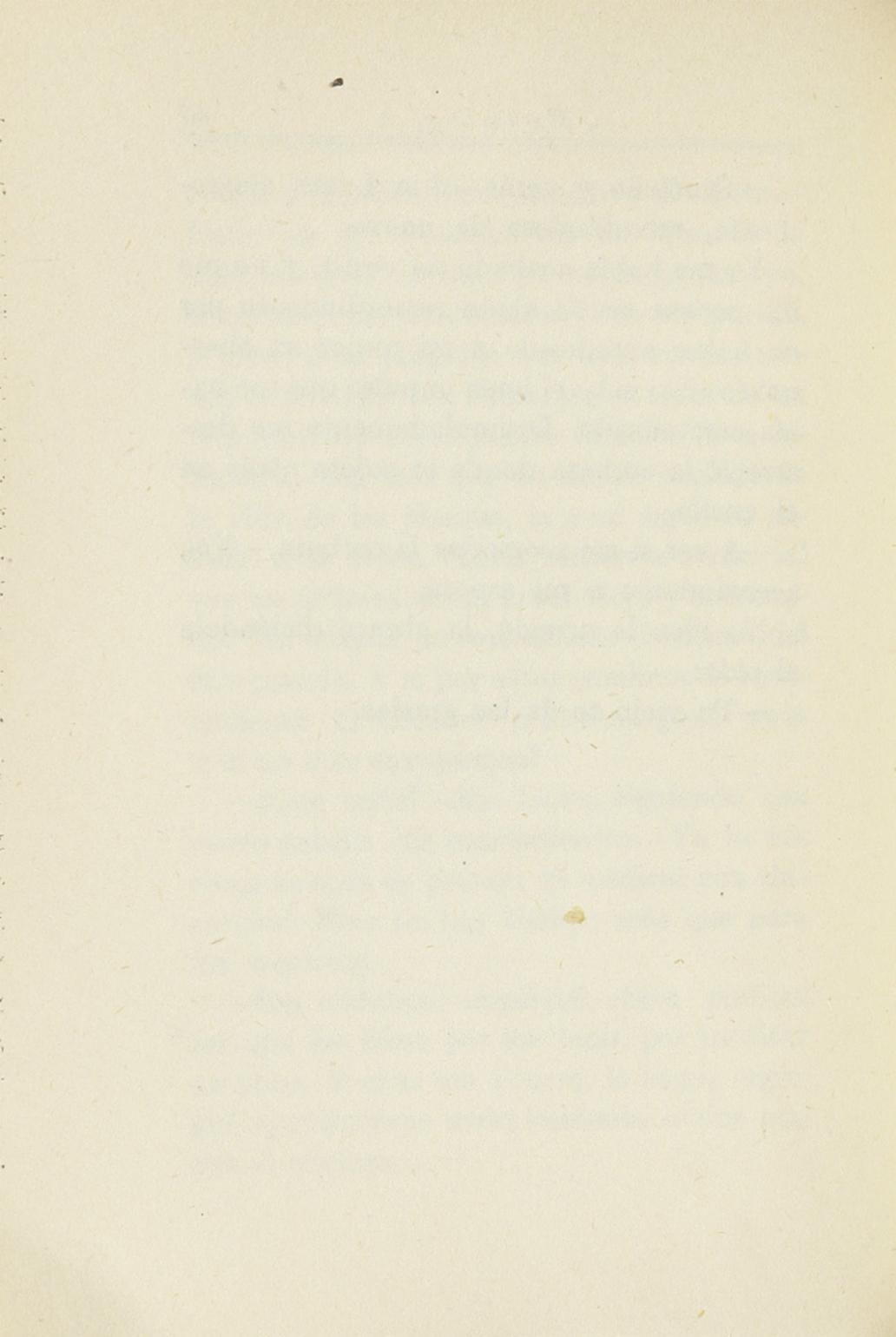
—Pruébalo y verás,—dijo Laura alegremente, recostándose de nuevo.

Ya me había acabado de vestir, y no me iba porque sentía algún remordimiento por no haber agradecido a mi mujer su obsequio y algo más: el buen impulso que me había comunicado. Disimuladamente me desarreglé la corbata donde se sujeta atrás en el cuello.

—A ver si me acomodas la corbata,—dije, acercándome a mi esposa.

No bien la arregló, la abracé diciéndole al oído:

—Tu viejo te da las gracias.



## En el tren

Apresuradamente subí al tren. El carro estaba lleno, y no ví otro lugar para sentarme sino uno indebidamente ocupado con varias canastas. Las tomé para ponerlas abajo; pero una señora gorda, de aspecto poco distinguido, que estaba al lado, las sujetó con firmeza y me miró de una manera tan agresiva que las solté al punto atemorizado.

Alguien entonces me tiró del paltó diciéndome:

—Aquí hay lugar.

Me vuelvo: era Felipe, un individuo con quien fuí amigo cuando éramos estudiantes.

Acepté el ofrecimiento; pero no celebré el encuentro. Con Felipe no me veía sino muy de tarde en tarde y por casualidad como ahora. Había sido buen muchacho;

pero lo corrompieron malos amigos, se entregó a la bebida y a otros vicios, y había seguido en eso. Era algo corpulento, muy colorado e inflado. Tenía la nariz encendida, el cutis con muchas asperezas y el estómago dilatado. No sé por qué, tal vez por costumbre, llevaba la solapa levantada, y el sombrero de paño aplastado en la cabeza y puesto de cualquier modo.

Me presentó a dos sujetos sentados junto a él, con quienes estaba conversando.

El uno era un vejete de ojos negros, chicos y vivos, que resaltaban mucho en su cara amarilla y chupada. Los dientes postizos no debían de afirmársele bien, porque daba frecuentes mascaditas. Vestía con elegancia rebuscada. Se movía mucho y con rapidez. Accionaba con la cabeza, con las manos, con el cuerpo. Todo, según me pareció, debía de ser por aparentar bríos y nervios que ya sin duda no tenía, porque en los cortos momentos en que estaba sosegado, le noté las manos temblonas, y la cabeza como que se movía por su cuenta.

El otro compañero de Felipe era un hombre mozo todavía, pálido, de mirada melan-

cólica. Tenía la cabeza muy caída al lado derecho. Traía envuelto el cuello por dentro de la camisa con un pañuelo de seda negra; pero le asomaban por ahí unas protuberancias rojizas que, a tener la cabeza derecha, se las rebanaba el cuello de la camisa. Debía de estar esa parte muy delicada, porque no levantaba la cabeza por ningún motivo; y para mirar o volverse, movía de una pieza el cuerpo de la cintura arriba, como si describiera lentamente un arco. No era mal complemento de tal pelaje un volumen de Zola en que ocupaba distraidamente las manos doblándolo, desdoblándolo o deslizando el pulgar por las hojas.

Entre tan lucidos compañeros iba yo bastante desazonado.

Felipe, después de hacerme dos o tres preguntas indiferentes, se volvió muy alegre al viejo y le dijo:

—Vamos, hombre. Sigue tu cuento. Es cosa que interesa a todos.

No se hizo de rogar el viejo y siguió con su cuento. ¡Qué cuento aquél! Eran comentarios sobre el último escándalo social, con pormenores repugnantes en sí mismos y

que parecían serlo mucho más en boca de ese viejo cínico. Agregaba recuerdos de su vida, seguramente inventados, porque le daban motivo para mucha jactancia. A cada paso repetía a manera de estribillo:

—Sí, el mundo es como lo digo: pura hipocresía y mentira. Vénganme a contar a mí que hay gente buena y virtuosa. Ya lo están viendo.

Felipe celebraba estrepitosamente cada cuento, dándose palmadas en las pantorri-llas, o se echaba firmemente el sombrero hasta los ojos y al punto volvía a echárselo atrás. Se reía de un modo muy grosero: juntaba risa en la boca, que parecía que iban a reventársele los carrillos y después la soltaba de una vez con gran ruido.

El de la cabeza caída se sonreía despacio, con cuidado de no sacudir la cabeza, y cuando el cuento le hacía mucha cosquilla, decía suavemente al viejo:

—Hombre, hombre, no me hagas reír.

Y se llevaba con mucho tiento la mano al cuello.

Al llegar el tren a la estación próxima, alguien abrió una ventanilla por ahí cerca

y entró una ráfaga de viento y humo. Dióle un acceso de tos al viejo a tiempo que repetía que le vinieran a contar a él que había gente buena y virtuosa. Con la tos se le aflojó la dentadura postiza, y estuvo un momento con la boca hecha una confusión de dientes. Acudió a tapar aquello con un pañuelo, y aprovechando la detención del tren, salió del carro.

Su compañero del lado se levantó con precaución, y guiñando el ojo a Felipe, le dijo:

—Bien hace este viejo al decir que el mundo es pura hipocresía, porque lo que es su mujer... y sus hijas... Uff!...

Y describiendo un lento semicírculo y afirmando con blanda mano el cuello, salió en pos del otro.

—Este pobre diablo resuella por la herida —me dijo Felipe.—Quiso remediarse casándose con una sobrina de la mujer del viejo, y le dieron un portazo de padre y señor mío. Pero no creas por esto que es mala gente. Al contrario, son muy buenos amigos, generosos, excelentes compañeros...

—Se conoce, se conoce—le interrumpí,

buscando como mudar de asiento. Y añadí: —Pero, hombre, ¡qué conversación tienen ustedes!

—¿Cuáles conversaciones? ¿Esta?—me dijo Felipe ingenuamente sorprendido.—¿Le encuentras algo de particular?

—¿Pues no le he de encontrar? Hablar así de personas respetables... formar broma de flaquezas privadas, sin que puedan ustedes saber qué circunstancias...

—Te estoy oyendo—me replicó Felipe—y me parece que no es cierto. ¿Tan poco mundo tienes? Si esto es corriente. Si no tiene nada de particular. Es público. Y en fin, hombre, si uno no habla de cosas así que interesan a todos, ¿de qué se puede hablar? Francamente, tendríamos que callarnos la boca.

—Y seguramente eso sería más bien hecho—le dije.

Felipe se sonrió, y con ese modo sentencioso de los que presumen conocer una cosa muy a fondo, me dijo:

—No sabes lo que es la vida. No tienes pizca de mundo. Te queda mucho que ver todavía.

—Pues ninguna falta me ha hecho hasta ahora—le repliqué con frialdad.

Pasaba en ese momento un vendedor de periódicos. Le tomé algunos y, como viese que ya volvían los compañeros de Felipe, con el pretexto de leer los periódicos, me separé de él y me fuí a un lugar que acababa de desocupar una familia.

Partía el tren cuando entraron muy agitados dos jóvenes amigos míos que tenían propiedades rurales en esos contornos, y tomaron asiento junto a mí.

—¿Cómo les va, jóvenes? ¿Para dónde bueno?—les pregunté.

—Vamos a la otra estación—me contestó Rafael, el más vivo de los dos.—Andamos en trajines comunales

—¡Hola! ¡Hola!—exclamé.—Buena ocupación es esa. ¿Y trajines de que laya? Si se puede saber.

—Figúrate que el primer alcalde que habíamos elegido se nos ha dado vuelta.

—Nada...—dijo Lucho, el otro joven.—Lo cierto es lo que yo digo, que no hay qué partido tomar. Mira. Nosotros y dos o tres amigos más, tenemos influencia casi decisi-

va en nuestra comuna rural. No podemos ser alcaldes porque pasamo lo más del tiempo en Santiago, y buscamos naturalmente para ese puesto a un individuo a quien podamos manejar. En vez pasada elegimos a un hombre bastante activo y despierto, y nos engañó: alborotó la gente e hizo multitud de enredos, bien aprovechados por él, por cierto. Elegimos después a otro individuo muy dócil y manejable, por ser un tanto simple. Pues resulta que a éste lo han engañado, y otros andan haciendo con él su agosto. Por esto decía yo que ya no hay qué partido tomar.

—Algún arreglo ha de tener—dijo Rafael, y volviéndose a mí agregó:—Pero hay en este asunto pormenores muy curiosos que te van a gustar.

—¿Sí?— dije yo.

Los tales pormenores eran tantos y tan menudos que se me volvieron un enredo. Ahí salía un Don José que estaba vendiendo vino sin pagar patente; el comandante de policía que quería casarse con la hija del regidor Olave; el tercer alcalde que estaba muy empeñado en que el municipio hiciese un puente en el canal, frente a la casa del

viejo Inostroza, padre de unas muchachas bien parecidas, y buenas para la guitarra, la cueca y la jarana... Y veinte cosas así, trezadas unas con otras.

Después se le ocurre a este joven hacerme un croquis del lugar, para explicarme ciertos desatinos en que habían hecho caer al alcalde los interesados. Sacó papel y lapiz y se puso a tirar líneas, hablando mientras tanto. Con la prisa, la falta de mesa y los movimientos del tren, aquello más parecía letra china que croquis.

—Aquí estás viendo claro—me dijo Rafael— que esos bellacos han metido al pobre alcalde en un berenjenal.

Hacía rato que yo no hablaba, y me pareció cortés decir algo.

—Sin duda... tienes razón... Porque viniendo por aquí el camino vecinal...

—dije indicando vagamente una línea.

—No, hombre. Esa raya estaba en el papel.

—Digo esta otra...

—Esa es el canal del Sauce. La de más acá es el camino vecinal.

—Precisamente... esa es...

Miré un momento más el papel con semblante reflexivo y añadí:

—No puede negarse... Tienes mucha razón.

—Es lo que digo yo—dijo Rafael.

—Harto sacas con tener razón si no tienes alcalde—dijo Lucho.—Lo que yo creo es lo cierto, esto es, que no hay un partido que tomar. Y esto es lo que me desalienta en estos trajines. Si hubiera un partido... vamos... habría una base. Pero así...

Dí una mirada a los campos que el tren iba atravesando.

—Ya vamos a llegar a la otra estación—dije—y no hemos hablado de otra cosa.

—¿Y qué otra cosa más interesante?—exclamó Rafael.—Asunto menudo es este, claro está; pero también con el se sirve al pueblo, y esto a todos interesa. Y mejor es hablar de tales asuntos que ponerse a murmurar del prójimo y a manchar reputaciones, como seguramente lo están haciendo esos tres lisiados de allá—añadió señalando discretamente al grupo de Felipe.

—Es verdad—repliqué.—Le decía porque, como hace algún tiempo que no nos

habíamos visto... Pero sigamos con los trajines comunales.

No tuvieron inconveniente, y siguieron aburriéndome con la más buena voluntad del mundo hasta que se bajaron.

Volví a tomar mis periódicos. Rafael se había sentado en ellos y me los había dejado que casi no se podían leer de arrugados.

Estaba en la operación de estirarlos, cuando se me sentó al lado Manuelito, otro joven agricultor amigo mío.

—¿Cómo estás, Manuelito?... ¿A Santiago? De seguro irás a ver a tu adorado tormento.

—¿A qué otra cosa puede ir uno a Santiago?—me contestó.—Pues, hombre, me pasa algo muy curioso. Hace cinco días que no sé nada de ella. Mi hermana, que es su amiga y la ve con frecuencia, tampoco me ha escrito nada, y esto a pesar de lo muy recomendado que le tengo que no falte a eso. No me explico este silencio y voy a ver qué es lo que hay. ¿Te lo explicas tú?—me preguntó con ingenuidad verdaderamente infantil.

—¿Qué diablos he de saber yo!

—Pero ¿qué te parece?

—Lo que me parece—contesté soplando la ceniza del cigarro—es que la niña debe de estar queriendo a otro, y tu hermana no habrá querido darte esta mala noticia.

—Mira—me dijo Manuelito algo incomodado—no está bien eso de echar a la broma asuntos tan serios. ¿Sabes lo que creo yo? Voy a decírtelo.

Válgame Dios, dije para mí. Otro chubasco de pormenores curiosos.

Ya tenía el espíritu algo amodorrado; pero, ni aun cuando lo hubiese tenido muy despierto, habría podido atinar con lo que creía Manuelito.

Comenzaba diciendo que, a su juicio, la razón del silencio no podía ser sino tal y tal cosa. Pero, a poco hablar y ahondar el asunto, encontraba que tal vez no era eso, y un poco más allá sostenía que seguramente no era eso sino otra cosa que en ese momento se le ocurría. Y así iba ensartando hipótesis tras hipótesis, en fila interminable.

Ansiaba yo por llegar a Santiago, y cuando se divisó la ciudad, dije a mi amigo:

—Ya nos vamos a separar, Manuelito,

y no hemos hablado más que de tu amada.

—¿Y qué objeto de conversación puede haber más interesante para uno—dijo con entusiasmo—que el objeto de su amor?

—Sí... para uno—repliqué;—pero para dos tal vez haya...

—Comprendo—dijo Manuelito, que solía demorarse algo en comprender y por eso se apresuraba a declarar que ya se había verificado en él esa operación mental.—Tal vez querrás hablar de la política. Pero te confesaré que encuentro insoportables esas conversaciones. ¿Hablabamos de escándalos sociales? Nosotros no somos personas murmuradoras... En fin, dí tú...—añadió con modo algo frión y disgustado.

—Sigue no más—le dije cuando lo ví así.—Era por embromar... a ver qué decías.

—Comprendo—dijo Manuelito.—A ti te gusta embromar a los enamorados y reírte de ellos. No importa. Con tal de que te diviertas, no siento costearte la diversión.

Todavía alcanzó a ensartar dos o tres hipótesis más, antes de que parase el tren.

Cogí mi maleta y me fuí a casa, con el

cuerpo algo molido por el viaje, y con el espíritu un poco más molido por la agradable charla de los amigos.

## No quiero ser literato

En una de las salas contiguas al salón de baile, muy cómodamente sentado en una poltrona, estaba yo haciendo hora para retirarme. No me retiraba todavía porque la señora de la casa, una vecina muy cariñosa y amable, me había exigido terminantemente que asistiera tres horas por lo menos, hasta que no faltara ninguno de los invitados, y pudiera así dar fe del esplendor de la reunión y de lo escogido de la concurrencia.

La tarea para mí era bastante pesada, porque ni sé bailar, ni hablar con las niñas cuando están en un baile. En este caso, la conversación requiere cualidades especiales: los puntos que se toquen han de ser tales que no pidan atención alguna, de modo que los interlocutores puedan tratarlos sin dejar de mirar a todas partes y aun sin oírse mu-

tuamente. Uno ha de preguntar cosas que ya bien conoce, o responder cosas que ya debe de saber el que ha hecho la pregunta. Preciso es que la conversación sea de suerte que, al empezarla, parezca que ya se va a terminar; que termine como si no hubiera comenzado; que pueda cortarse en cualquier punto sin que nada quede para más tarde. Todo esto no es fácil de hacer, y requiere alguna práctica, de la cual carezco por completo.

A ratos me levantaba del asiento, me asomaba al salón y me entretenía en mirar los cuerpos tiesos, las posturas sin gracia y la fisonomía de quien saca concienzudamente una tarea, que tenían la mayor parte de los jóvenes que bailaban. O bien celebraba yo el goce vago, difuso, que irradiaba en el semblante de las niñas. Parecían gozar con la simple inhalación de los efluvios del baile. Aun cuando se sonreían con tal o cual persona, o estaban escuchándola, parecía que se sonreían a sí propias o que estaban escuchando la voz del baile, bien así como el poeta escucha en un bosque la voz de la naturaleza. Antes de volver a mi sillón,

me acercaba a la ponchera, bebía una copa, encendía un cigarro y, con este refuerzo, ya podía permanecer otro cuarto de hora en el asiento. Por lo demás, no dejaba de tener cierto atractivo esto de verse uno sentado, tranquilo y esperando la hora de recogerse, en una reunión en que todos parecían presa de vagos e inquietantes anhelos, de cierta necesidad de moverse, de captar voluntades, de conquistar corazones.

Ya creía que en conciencia podía retirarme y jurar a mi amable vecina que mis ojos no habían visto baile más espléndido, aristocrático y *comme il faut*, cuando entró en la sala uno de mis amigos, del brazo con un joven ya algo maduro, a quien se esforzaba en detener.

—Pues, hombre — le decía — ¡vaya que te aburres luego! Espera un poco...

—¿Qué quieres? ¡Si ya no soy para estas cosas! Me veo como gallo entre pollos...

—Por lo menos espera hasta que vamos al comedor.

—No tengo hambre.

—¿Tú aquí?—exclamó de pronto mi ami-

go al verme tranquilamente sentado en mi rincón.

—Yo aquí—le contesté con un plácido movimiento de cabeza.

Entonces mi amigo, volviéndose a su compañero, le dijo:

—Mira, te presento a este sujeto que también se aburre en los bailes, y es aficionado a las letras como tú. Los dejo. Conversen ustedes. A dos aburridos nunca les falta en qué entretenerse.

Con esto se retiró. El recién llegado se sentó junto a mí, y me preguntó con mucha franqueza y desembarazo:

—¿De manera, amigo, que no le gustan las niñas?

—¡Oh! sí, por cierto,—le contesté con viveza.—Las niñas me gustan muchísimo; pero no en bailes, sino en reuniones de confianza...

—Y a solas probablemente le gustarán más.

—Es claro—le dije riéndome.

—Lo mismo me pasa a mí... Con la edad va uno poniéndose muy positivo en sus gustos. Vea usted... estos bailes...

En los bailes las niñas andan con la cabeza perdida y sin el corazón, porque lo dejan en el tocador. ¿Recuerda Ud., y lo recordará sin duda, en el *Viaje alrededor de mi cuarto*, aquella deliciosa escena en el tocador de madama de Hautcastel? Tengo muy presente una parte que dice más o menos: «Caballero, no agregaré más que un consejo, y es este: convénzase usted como de cosa indudable que, en un baile, su amada no le pertenece: el baile es el amante preferido. Y no se alucine usted, caballero: si lo miran con gusto en el baile, no se imagine que así lo miran porque usted es un amante, sino porque usted forma parte del baile; porque usted es, por consiguiente, una fracción de la nueva conquista de su amada; porque usted es, como si dijéramos, una décima de amante. También puede suceder que las preferencias que ella le manifiesta, provengan de que usted baila muy bien y la hará lucirse. En fin, y esto es lo que más puede halagarlo en tales circunstancias, ella lo acogerá con amabilidad porque, con reconocer públicamente como amante a un hombre de tantas prendas como usted, con-

seguirá despertar la envidia de sus compañeras. Si no fuese por esto, créame que ni siquiera se dignaría mirarlo».

—Bien lo recuerdo. Es un capítulo encantador—dije yo—en que la verdad, la gracia, la delicadeza...

—Si uno pudiera retener—continuó el joven—como casualmente he retenido este párrafo, todos aquellos rasgos de observación tan profunda, que siempre se encuentran esparcidos y como tirados al azar en las obras de los ingenios superiores; si uno pudiera retenerlos, digo, y comprobarlos prácticamente conforme se fueren presentando las ocasiones, vería el interior del hombre casi con tanta claridad como ve su fisonomía. Y aun cuando no recordemos esos rasgos con precisión, aun cuando no los notemos en la lectura, siempre nos infunden, siquiera sea de una manera vaga y confusa, cierta propensión a inquirir en nosotros mismos y en los demás los móviles ocultos de las acciones, los resortes secretos de las pasiones; nos infunden cierta propensión a inquirir causas, a no pagarnos de exterioridades, a penetrar hasta el revés de los caracteres. Es-

to ocasiona un desenvolvimiento de la razón, y al propio tiempo proporciona un goce: pues aquel que, en el trato social, logra descubrir lo interior de un individuo, siente un verdadero goce, ni más ni menos que el metafísico cuando descubre una causa nueva y más remota, o el experimentador cuando aplica una teoría y le resulta exacta. Dado que el conocimiento de las obras de los grandes ingenios que se han distinguido en las letras no produjera otro resultado, él solo bastaría para recomendar el cultivo de la literatura como uno de los ramos más provechosos y dignos del hombre.

Decíame esto el joven con gran naturalidad y una expresión fácil, corriente. En el modo de accionar, en la animación del semblante, en las inflexiones de la voz, se echaba de ver al hombre de espíritu bien cultivado, de opiniones definidas y sinceras. Quise aprovechar la oportunidad y traté de hacerlo discurrir sobre puntos literarios de especial interés, como ser el estado actual de las letras y las artes en nuestra patria, las causas probables de la poca afición a ellas, una comparación de nuestra cultura

con la de otras naciones americanas. Sobre todo esto disertó mi nuevo amigo con tanta seguridad en los juicios, con tanta ilustración y pleno conocimiento del asunto, de una manera tan viva, variada y agradable, que no pude dejar de decirle:

—¿Porqué no escribe usted lo que me ha estado hablando? ¿Sabe usted que saldría un artículo verdaderamente original y de lo más ameno e instructivo? Le aseguro que yo mismo, que ya se lo he oído, lo leería con muchísimo gusto y provecho.

El joven se levantó con las manos en los bolsillos y mirando la alfombra; anduvo un poco a largos trancos hacia el medio de la pieza; luego se volvió repentinamente, y me dijo sonriéndose y meneando a uno y otro lado la cabeza:

—No, amigo mío... ¡No quiero que me llamen literato! ¡No quiero ser literato!

—Pero...—repliqué muy sorprendido— ¿qué daño le resultaría de eso?

—¿Qué daño?... ¡Hum!... Una infinidad de daños, amigo mío.

—Le confieso que no los veo—dije yo.

—Pues se los voy a mostrar. Mire usted...

En primer lugar, no soy rico, no vivo de mis rentas; necesito trabajar, entrar en negocios; necesito tener crédito comercial, y ha de saber usted que la cualidad de literato no inspira confianza en el mercado. Es muy común la creencia de que una persona que cultiva las letras sea un infeliz en punto a negocios, de que todos pueden engañarlo, de que no es capaz de ver su conveniencia. Un cualquiera, aun en el negocio más sencillo, se cree autorizado para decirle en tono compasivo y como la cosa más natural del mundo: «¡Hombre, si usted no entiende nada de esto! ¡Si usted es literato!»—«Pero, replica el literato, poniéndome en el peor caso, entenderé por lo menos, tanto como usted». Nada. No, señor. El literato no puede entender estas cosas, y lo tratarán como a un niño, y le enseñarán caritativamente el abecé comercial y, cuando se ofrezca la ocasión, tratarán de engañarlo con la tranquilidad y confianza de quien obra sobre seguro. ¿Ha hecho el literato un mal negocio? «¡Pero si era claro!» exclaman todos. «¿Qué otra cosa había de resultar si es literato?» ¿Ha hecho un buen negocio?

Todos se asustan y exclaman: «¡Vaya una suerte!» Porque parece que el literato, por ley natural, ha de hacer sus negocios a tontas y a locas. Los demás, cuando hacen un buen negocio, atribuyen invariablemente el resultado a su propia habilidad y previsión; cuando sale malo el negocio, la culpa, o es de la caprichosa fortuna, o de una larga y complicada cadena de causas, que salen de la penetración del hombre. Al literato no le es lícito vanagloriarse de esta manera. Como el literato mira de ordinario las cosas desde un punto de vista más o menos superior y no disputa la piltrafa, a lo cual es tan aficionado el comerciante, lo tienen por un bobalicón. Como es hombre de buen gusto y no anda cansando a todo el mundo con el interminable cuento de sus compras y ventas, de sus cálculos y proyectos, lo tienen por un distraído que no se ocupa en lo suyo. Como en los ratos libres no se lleva rumiando negocios y más negocios, sino que lee, se ilustra, cultiva su entendimiento, contempla la belleza, lo llaman fantástico y romántico. Como no ve en los negocios sino un simple medio de ganarse la vida y procu-

rarse algunas comodidades, y cree que el varón no fué criado

... para rayo de la guerra,  
para surcar el piélagosalado,  
para medir el orbe de la tierra,

lo tienen en la plaza por un bodoque o cosa por ahí. Dígame usted que no es cierto. En fin, no soy rico y no puedo darme el lujo de ser un literato. Pobre y literato... lo mismo da decir: a la vejez viruelas. ¿Qué hay, amigo? ¿Va viendo algo?

—Algo voy viendo—le contesté.

—Y le mostraré más todavía—prosiguió mi interlocutor.—Usted dirá que, por lo menos, en las relaciones privadas, el literato se granjeará aprecio, consideración y respeto. ¡Ay, amigo!... ¡Linda cosa sería!... Desde luego puede usted notar que la gente juzga de la actividad de una persona por lo que se mueve. El que poco para en la casa, y entra, sale, va de aquí para allá, se bulle, mira con frecuencia el reloj, habla de infinitos quehaceres, es considerado como sujeto muy activo y diligente, y esto aun

cuando los resultados manifiesten que todo aquello es tan sin objeto como el ir y venir de la ardilla. La actividad del literato se ejerce en su cerebro y pasa largas horas en su cuarto, porque no es posible leer ni meditar en la calle, o jugando al billar en el club, o comadreando en las oficinas y almacenes. Ahora bien, como sus meditaciones y lecturas no le dan aquí provecho pecuniario, resulta que lo estiman como un hombre medianamente ocioso y dotado de una paciencia que sólo se aviene con buena dosis de pereza. Por lo demás, las señoras miran con malos ojos al hombre «que se lleva medido en la casa», como dicen ellas: le suponen cierta inclinación a inmiscuirse en las interioridades domésticas y a familiarizarse con las criadas... En fin, es un estorbo.

—Me parece que usted exagera—dije.

—Puede ser. Siempre exagera el que tiene una convicción algo arraigada y desea comunicarla con eficacia; pero es una exageración que no altera los hechos sino que los agranda y presenta en primer plano. Probablemente usted está pensando en tres o cuatro escritores que son personas muy im-

portantes y consideradas. No me refiero a ellos. Esos no son literatos puros sino muy mezclados. A más de literatos son políticos, funcionarios, propagadores de doctrinas, coleccionistas de documentos históricos, candidatos a los más elevados puestos públicos. Tal vez la literatura les sirvió algo para distinguirse y subir; pero la consideración, honores e influencia de que gozan, las deben a las otras causas. ¿No lo cree usted así?

—No le falta a usted razón. El literato puro no cuenta por mucho.

—Mire usted ahora—continuó el joven—lo que le pasa con las niñas. Las niñas huyen del literato y lo persiguen las marisabidillas... ¡dos calamidades!... Las niñas lo tienen por un reparón que está atisbándoles los defectos más insignificantes, que siempre está a punto de enmendarles los vocablos, que sólo se complace en las conversaciones hondas y en el hablar pulido, que anda haciéndoles preguntas capciosas, que anda clasificándolas en hábiles o tontas; lo temen como a un pedante, a un maestro de escuela... ¡qué sé yo!... ¡Y el literato que

sueña con la fascinación del talento, con guirnaldas y coronas tejidas por manos capaces de competir con las manos mismas de la aurora; que sueña con elogios dulces como la miel, vertidos por labios de coral; que sueña con que sus homenajes a la belleza sean siempre correspondidos, y hagan palpar esos corazoncitos, y languidecer esos ojos, y sonrosarse esas mejillas con rubores virginales!... ¡Pobre diablo!

«Hombre... —agregó el joven mirándome con mucha seriedad—hombre, ni en broma acepto yo que una niña me llame literato. No, señor. ¡No soy literato! ¡No quiero ser literato!... ¿Qué dice usted, amigo?

—Nada—le contesté.—Estoy escuchándole con muchísimo gusto.

—Y le queda todavía qué escuchar—continuó el joven con animación.—¡Uf!... ¡Si le contara las mil incomodidades que padece el literato!... No habría para cuándo acabar. ¿Hace versos o los ha hecho alguna vez? No habrá reunión donde no lo mortifiquen pidiéndole que improvise o recite; y si no accede, pasa por displicente y mal cria-

do. En efecto, si hace versos, ¿por qué no los hace cuando se los piden? ¿Quién es él para hacerse de rogar, cuando le hacen un favor con pedirle versos? Si no ha hecho versos, el literato habrá escrito en prosa, por lo menos. Pues, señor, dé usted prosa y de la clase que se le pida. Tiene usted que estar pronto para pronunciar brindis, discursos, alocuciones. Que dice usted que no está preparado, que nada se le ocurre... ¡Está bueno!... ¿Y cómo dicen que usted es literato?... Que usted, acosado por todas partes, se levanta turbado, colorado, sin saber lo que va a decir, y sale con una sarta de vulgaridades. «¡Vaya!» dicen los presentes para sí. «¡Bueno el literato! ¡Ni yo!...».

«El literato ha de haber escrito artículos de costumbres, tentación en la cual es tan fácil caer como en la de hacer versos. Pues bien, tiene que andar agradecido a una cantidad de gente oficiosa que se encarga de traerle temas.

—«Hijo, le dice uno, ayer me acordé de ti.

—«¿A propósito de qué?

—«Figúrate que, en una comida, Fulano, persona muy grave como tu la conoces, se

achispó y comenzó a decir unos disparates... ¡cosa más graciosa!... y hacía unos gestos y tomaba unas posturas... ¡nos tendíamos de risa!... Luego pensé en ti... Excelente tema para un artículo de costumbres, ¿no es verdad?

—«Excelente, excelente. Mil gracias. Tomaré nota.

«Otro codea misteriosamente al escritor de costumbres en una reunión, lo llama aparte y le dice:

—«Repare en el modo de vestirse de ese sujeto... ¡qué original!... Y los tiquismiquis de aquel de más allá... Y los artificios tan pulcros y relamidos de aquella señorita tan fea... Aquí tiene bastantes temas para artículos de costumbres.

—«De veras. Gracias. Los recordaré.

«Otro le contará todas las necesidades que oye por ahí; otro... Y el literato junto con dar las gracias, piensa para sí: por lo visto no es mucha la diferencia que hay entre un artículo de costumbres y un artículo de ridiculeces y tonterías. Pero no siempre el literato tendrá que dar gracias; muchas veces tendrá que dar excusas. Nunca falta un

---

Fulano o Zutano muy perspicaz y zahorí, que se da por aludido con algún boceto, y lo mira a usted con ojeriza, y habla mal de usted; y usted se ve obligado a tratarlo con deferencias extraordinarias, para que el aludido se tranquilice y se convenza de que nadie ha pensado en él.

«¡Y luego se encuentran por ahí unos originales!... Tiene usted al caballero viejo, que ha pasado la vida sin más trato con los libros que el que tuvo allá en su niñez, y que conserva acerca de lo que llama *los libros*, la idea más confusa que uno pueda imaginarse. Para él, el literato ha de ser una enciclopedia viva, y lo mismo le pedirá, en tono perentorio, una explicación clara de las causas de los temblores, como pormenores de la batalla de Chacabuco.

«Tiene usted al señor agricultor o industrial que, después de haber puesto a prueba la paciencia del literato hablándole un par de horas de sus propios negocios, o de las cualidades sobresalientes de sus caballos, o de la extraordinaria calidad de sus bueyes gordos, cae de pronto en la cuenta de que esos negocios, caballos o bueyes, no son del

literato y que, por consiguiente, no ha de tener mucho interés en saber si son de ésta o de aquella laya, y le dice:

—«Pero hablemos de usted. Y ya que se ofrece la ocasión, dígame: ¿cómo diablos tiene usted paciencia para pasar horas enteras nada más que leyendo?»

«Tiene usted al amigo que cree hacerle un cumplido muy delicado, diciéndole cada vez que lo encuentra:

—«Chico, todavía no he leído tu artículo..»

«Tiene usted al periodista que trata al literato con ciertos humos de protección, como diciéndole:

—«Caballero, tenga mucha cuenta conmigo. De no, es probable que, cuando haya que nombrar literatos o personas distinguidas, usted figurará invariablemente entre aquellos «cuyos nombres se nos escapan».

«Tiene usted al sujeto más o menos rústico, de temperamento sanguíneo, corto de cuello, de ojos congestionados, mandíbulas uertes, inmensamente ancho, que parece fembutado en su propia carne. Este, no bien sabe que usted es literato, lo mira con recelo, habla poco y a media voz, procura

moverse lo menos que pueda. La presencia de usted lo embaraza, como un chaleco ajustado después de la comida. Usted es para él un espía... ¿espía de qué?... ni él mismo lo sabe. Sospecha vagamente que usted le estará espiando su ignorancia. Tratará de marcharse cuanto antes, y abrigará la seguridad de que, no bien vuelva la espalda, hará usted reír a costa de él a los demás circunstantes.

«Tiene usted al individuo que nunca lee nada ni sabe nada, pero que siempre anda aquejado del loable propósito de aprender, porque, según asegura, ahora es preciso saber algo. Cuando sea oportuno, lo cogerá a usted a solas, y le pedirá que, en dos palabras, le ponga de manifiesto en qué consisten las excelencias del *Quijote*, libro que leyó en su infancia, o de la *Divina Comedia*, libro que nunca ha leído. El sabe que estas obras son bastante buenas; pero no ha podido atinar con lo que hay de extraordinario en el *Quijote*. En este caso, por lo menos, no es difícil salir bien del compromiso: con un par de vaguedades revueltas con términos abstractos, queda usted libre. El otro, por

aparecer de inteligencia muy clara y pronta, temeroso también de quedar por más ignorante de lo que se creía, da por entendida y dilucidada la cosa a las pocas palabras.

«Tiene usted al que afecta desprecio por la literatura, y le dice y repite en su cara al literato, que no sea bueno, que dedicarse a las letras es perder el tiempo, que más bien se dedique a una profesión, que no sacará nada, y otras cosas así, que todo el mundo sabe; pero que se supone que el literato ha de ignorar completamente, siendo, por tanto, obra de caridad comunicárselas.

«Tiene usted...

—¡Hola! ¡Todavía aquí!—exclamó a este punto nuestro común amigo, entrando en la sala.—¡Bien lo decía yo! Si estos literatos son como las mujeres cuando se ponen a hablar de trapos! ¡No acaban nunca!

Mi nuevo amigo me miró y me dijo con una sonrisa desabrida:

—Aquí tiene usted a otro...

Y, dirigiéndose repentinamente a él, le dijo:

—¿Quién te ha autorizado para llamarme literato? ¡No soy literato! ¡No quiero ser literato!

---

—Bien está, hijo, bien está —replicó el otro.—Créeme que no porque dejes de ser literato te apreciaré un punto menos... Vamos pronto: una señora desea hablar dos palabras contigo.

—¡Hasta luego!—me dijo mi nuevo amigo, estrechándome la mano, y me agregó casi al oído:—Y si usted quiere aquí ser algo ¡no sea usted literato!



## Discursos

La tertulia que el excelente y rico agricultor don Miguel Cuadro Vargas dió en su casa de campo, en honor del célebre pianista Jungmann, fué de gran lujo y extraordinariamente concurrida. Así lo esperaban todos, porque el señor Cuadro Vargas era muy rumboso y se trataba de una circunstancia extraordinaria. No faltó, por cierto, ninguno de los invitados.

El artista se presentó en el salón un poco tarde, y con cara llena de complacencia, a veces un tanto distraída, recibió los homenajes de los presentes. Al cabo de un rato, accediendo a una humilde y delicada insinuación del dueño de casa, se sentó al piano. En medio de un silencio profundo tocó una de las Rapsodias húngaras de Liszt, con destreza consumada y alma de verdadero

artista. Cuando se levantó del piano, estalló una salva de aplausos interminable.

El señor Cuadro Vargas, que era loco por la música, bien que no entendía nada de ella ni conocía una nota, estaba al lado del piano de pie, casi inconsciente. Al principio sólo dejaba escapar exclamaciones ahogadas y confusas. Cuando pudo hablar ordenadamente, refirió que había sentido algo muy extraordinario, como si una mano invisible lo hubiese levantado de los cabellos, e hizo con mucha energía el ademán de levantarse a sí propio, lo cual ocasionó algunas discretas sonrisas, porque el señor Cuadro Vargas era muy calvo.

El pianista, con cierto modo de andar sublime y sencillo, se dirigió a un grupo de señoritas que estaban comentando la ejecución de la pieza. Una de las niñas, pálida, ojerosa, de mirar lánguido y entornado, suplicaba con dulce melancolía y serenidad admirable que, cada vez que la quisieran matar, le tocaran esa pieza como lo había hecho el profesor. Una joven de busto atrevido, fresca, rozagante «e bien colorada», como la vaquera de la Finojosa, dijo, estremecién-

dose, que había sentido calofríos. Otra niña manifestó, como volviendo en sí, que no sabía lo que le había pasado, que estaba tan absorta que podían haber hecho con ella cualquiera cosa sin que se hubiese dado cuenta. Otras dividían la habilidad del maestro: cuál se consideraría feliz con saber la mitad, cuál no pedía más que saber la tercera parte, cuál se contentaba con la décima parte.

El maestro se juntó a ese grupo encantador, y las alabanzas subieron de punto. El las escuchaba bondadosamente, y las agradecía con modestia muy correcta. A ratos dirigía miradas vagas y profundas al techo, a las luces, a las paredes, o bien levantaba la cara, arrugaba ligeramente el entrecejo y dilataba la nariz como si olfatease melodías que anduviesen en el aire, sólo perceptibles para él. Pero no tardó en notar que una de las niñas nada decía, antes bien codeaba a una compañera suya para apartarse de ahí.

Adela, que así se llamaba, era extremadamente simpática, vivaracha, traviesa. Nadie la intimidaba.

El artista se dirigió a ella y le preguntó:

—Y usted, señorita, ¿no es aficionada a la música?

—¿Cómo puede, señor, suponerlo, después que lo he oído tocar?

—Sin embargo, apostaría a que usted no tiene mucho entusiasmo por ella—le dijo Jungmann con modo muy amable.

—¿Y sabe usted que tal vez ganaría la apuesta?—repuso Adela sonriendo.—La verdad es que no nací con aptitudes para la música, y nadie lo siente más que yo; pero esto no impide que, en circunstancias como la de ahora, ante un artista...

—Tal vez preferirá usted la música de las palabras a la de las cuerdas—dijo el profesor atraído por esa graciosa y apetecible creatura.

—Bien puede ser—contestó ella con un gesto de duda maliciosa.

—Pues entonces permítame un momento tocarle la música que usted prefiere. También creo conocerla.

—Con mucho gusto,—dijo Adela riéndose y tomándose del brazo que galantemente le ofrecía Jungmann.

Y he ahí al inspirado artista, no sin alguna

sorpresa de los circunstantes, convertido en almidonado mozalbete, buscando a fuerza de frases azucaradas, de bromitas inocentes, de atenciones exquisitas, buscando, digo, una sonrisa, un gesto agradable de esa niña, que para su genio musical, no era digna ni de una mirada. Evidentemente, se halló falto de méritos delante de esa joven; su talento musical le era tan inútil como la hermosura para avasallar a un ciego, o una voz melodiosa para cautivar a un sordo. Lo cierto es que Adela lo fascinó, y la fascinación duró toda la velada. Con enojo observaron las otras señoritas que el profesor, después de cada una de las piezas que tocaba, pedía su opinión a Adela, siempre con la esperanza de verla entusiasmada, lo que naturalmente no consiguió. Adela, que bien comprendía lo que pasaba al profesor, tuvo buen cuidado en no perder su superioridad.

Después de media noche, los invitados pasaron al comedor.

La mesa estaba abundantemente provista de flores, de frutas exquisitas, de viandas apetitosas, de vinos y licores excelentes. Lo

avanzado de la hora, la conversación entretenida, la agitación del baile, cosas todas que excitan y acrecientan el apetito, daban gran realce a los méritos de esa bucólica. Se sirvió champaña. El dueño de casa (un excelente sujeto, como queda dicho, loco por la música y que, sin embargo, no entendía palabra de ella ni conocía una nota) se levantó y, dominando la bulla con un sonoro «señoras y señores», expuso que tenía la honra de ofrecer esa pequeña manifestación al eminente artista. Dijo que el recuerdo de esa velada sería imperecedero, y que las paredes de ese recinto vibrarían largo tiempo al impulso de las armonías del insigne maestro, gloria de la Alemania en general y especialmente de Leipzig, ciudad donde vió la luz y percibió por primera vez las armonías de la creación. Agregó el señor Cuadro Vargas que, aun cuando no tenía dificultad en confesar que sus propios conocimientos musicales no eran muy profundos, creía poseer un alma capaz de comprender y sentir las concepciones de ese arte tan bello y sublime que se llama la música. En seguida se enredó en una figura retórica o compara-

ción muy complicada, en la cual aparecía cierta corona inmarcesible, ciertos resplandores del genio, un laurel perenne, cimas doradas, y varios otros objetos. Finalmente el señor Cuadro Vargas exclamó con entusiasmo y alzando la copa: «¡Honra y gloria a nuestro eminente artista!».

No bien se habían apagado los aplausos cuando ya estaba de pie el eminente artista. Profundo silencio. El, con gran solemnidad, dirigió miradas vagas y profundas a los fiambres, a las luces, a las paredes, a las cabezas de los concurrentes—y se detuvo un instante en la graciosa cabeza de Adela que, siempre aturdida, era en esos momentos presa de una risa loca, provocada por no sé qué dicho o travesura de un joven vecino suyo;—olfateó algunas melodías imperceptibles, tomó una postura inspirada y, con voz grave y acento convencido, dijo que siempre había oído encomios de la culta y noble tierra de Chile; pero que, solamente cuando pisó por primera vez este hermoso país, pudo experimentar que cuanto se decía era muy cierto. Había viajado por muchos países; pero en ninguno como en Chile

había hallado en tan alto punto la fraternidad artística. En ninguno como en Chile, había encontrado esa sensibilidad instintiva para las producciones de «ese arte tan bello y sublime que se llama la música», según la feliz expresión de su honorable huésped. Su honorable huésped podía estar seguro de que conservaría eterno recuerdo de esta manifestación, que aceptaba y agradecía en nombre del arte. Y tanto más grata le era semejante manifestación, cuanto que provenía de un hombre que ocultaba, bajo una gran modestia, muy vastos conocimientos musicales, unidos a la percepción más fina de la bellezas del arte.

Con esto concluyó el brindis. El honorable huésped, conmovido de veras, se levantó y fué a estrechar en silencio la mano del insigne artista. Hubo un momento breve y solemne, en el cual todos los concurrentes se sintieron llenos de afectos nobles y elevados.

Volvían rápidamente a su estado normal, cuando se levanta y manifiesta deseos de hablar un joven diputado, cuyos discursos gozaban de general aceptación. Eran muy pulcros, cuidados y bonitos; los rasgos de

oratoria estaban en su lugar, como lo manda la retórica, y nada había en ellos que saliese fuera de la serena región de los principios. Por consiguiente, los discursos eran escuchados y olvidados con gran benevolencia. Después de cada uno, el auditorio confirmaba unánimemente a ese joven por muy serio y estudioso, y seguía la discusión sin novedad.

Pues bien, este recomendable joven, desde que se sentó a la mesa, parecía muy absorto. Fijaba la vista con tenacidad extraordinaria en su servilleta, en el plato, en las botellas, en todo lo que tenía delante. Casi no comía y parece que le costaba tragar. Con frecuencia sacaba disimuladamente un papelito misterioso que desenvolvía, envolvía, arrugaba y desarrugaba, y que sin embargo, miraba con grande indiferencia; luego murmuraba por lo bajo palabras extrañas.

Levantóse, pues, el joven diputado. Con el entrecejo arrugado y modo meditativo contempló un momento el champaña que había en su copa, dirigió a uno y otro lado

miradas penetradoras, y comenzó excusándose por la libertad que se tomaba de improvisar algunas palabras delante de tan selecta concurrencia. Dijo que, aun cuando era bien sabido que dedicaba su tiempo a la solución de los gravísimos problemas sociales, de los cuales, como nadie ignoraba, dependía la vida de las naciones, había guardado en su alma un rincón para el culto de la belleza. Estaba profundamente convencido de que la pintura con sus colores, la poesía con sus versos, la escultura con sus estatuas, y, sobre todo, la música con sus notas, contribuían en gran manera al solaz y entretenimiento de los individuos. Pero él creía más todavía: creía que las bellas artes eran capaces de infundir cierto grado de cultura en el individuo, de lo cual resultaba que las bellas artes propendían al progreso social. Reconocía que, en nuestra nación, las artes de lo bello estaban en regular atraso; pero le halagaba la esperanza de que, mediante algunas leyes y decretos bien estudiados, se abrirían, tal vez en época no muy lejana, vastos horizontes al arte en nuestra amada patria. Sobre todo, después

de haber oído las inspiradas e incomparables melodías de esta gloria del arte que teníamos el honor de festejar, había sentido más que nunca la imperiosa necesidad de presentar una moción legislativa en el sentido indicado, para que cuanto antes un soplo de inspiración viniese a hacer vibrar muchas liras que por ahora estaban mudas. Tan seguro estaba de que sus esfuerzos no serían infructuosos, que, desde luego, se atrevía a brindar en honor del eminente pianista, como en honor de un genio que, con sus mágicas melodías, había impulsado el progreso social mediante la regeneración artística.

Fué escuchado este trozo oratorio con aire meditabundo y recogido. Luego que terminó el orador, lo aplaudieron con discreción y mesura, y cada uno bebió concienzudamente su copa. Aliviados de los discursos, los comensales reanudaron las conversaciones interrumpidas. No hubo otra novedad.



## El Billar

Uno de mis amigos tiene en su casa sala de billar, muy lujosa y elegante, con bellos cuadros, una mesa con licores excelentes, magnífica lámpara, y sofás y sillones de los más cómodos.

Sin embargo, poco me gusta ir allá, porque rara vez el billar está desocupado. Como no se paga, los jugadores se eternizan, y resulta que uno, en vez de ir a jugar, va a ver jugar, espectáculo bien poco interesante, sobre todo cuando manejan el taco jugadores medianos, que es lo común.

En noches pasadas me encontré en una de las calles centrales con el amigo de quien acabo de hablar. Nos juntamos y luego me invitó a su casa a jugar una partida. Como siempre, me excusé. El no insistió, sino que me dijo con desagrado y rápidamente:

—También me aburro cuando juego en casa. Aquello es una broma. El billar en una casa tiene muchos inconvenientes. Voy a venderlo.

Lo miré con sorpresa.

—¡Qué resolución tan rara!—le dije.

—No es ninguna rareza—me replicó.—  
Mi mujer fué la que se empeñó en que yo tuviese sala de billar, y te contaré por qué motivo. Tu sabes que, cuando uno se recoge a deshora, siempre viene del club, donde ha estado jugando inocentemente una partida de billar. Pues bien, una vez llegué después de medianoche en condiciones tales que, a haber estado jugando, no habría podido dar una sola vez en bola. Creí yo que mi mujer no repararía mucho en mí; pero me engañé. Me preguntó que de dónde venía. La dije naturalmente que venía del club, en donde había estado jugando al billar. Y entré a inventar pormenores: había sido una partida famosa con uno que se tenía por muy buena mano. Los presentes se interesaron en el juego y nos rodearon. Hubo apuestas. Yo estaba en mi noche. En

---

---

fin, salí vencedor, y celebré la victoria tal vez con demasiado entusiasmo.

Mi mujer me dejó hablar, y después me dijo con mucha calma que a las once y media había venido un caballero a preguntar por mí. Le contestaron que yo estaba en el club, y él dijo que precisamente había quedado de verse conmigo en el club, y que allá me había estado esperando hasta las once.

Al oír tal cosa, me exalté cuanto pude. Dije que eso no podía ser, que no me había movido del club, y entré en nuevos pormenores: nombré a una cantidad de personas que estaban presentes, y dí una multitud de señales, a cual más precisa. Mi mujer no replicó. Entonces hice en voz alta algunas reflexiones generales sobre las mujeres, especialmente sobre las celosas, que siempre estaban pensando mal de sus maridos, y me eché a dormir, confiado en que la cosa no pasaría adelante. Pero al otro día, la señora me declaró en términos perentorios que, ya que tanto me gustaba el billar, exigía ella que tuviese uno en mi casa. Y fué preciso complacerla.

Para que el lector no se admire de esta sumisión ejemplar, debo manifestarle que mi amigo era un pobre empleado, sin más renta que su sueldo. En una temporada de baños logró enamorar a la que es ahora su esposa, joven muy rica e inteligente. Ella maneja las llaves, y lo tiene bien metido en pretina.

—Luego acudieron a casa—continuó él—muchos amigos y conocidos. Al poco tiempo entraban a la sala como si no tuviese dueño, y más que a jugar, iban a beber mis licores, a fumar mis cigarros, y a pasar el rato conversando. Como dueño de casa, cuando juego con alguno, me considero obligado a guardar con él consideraciones especiales: le permito repetir los tiros y no me atrevo a llevarlo muy aventajado, ni a declararme vencedor, si gano, por no mortificarlo. A más, mi mujer con frecuencia se toma la libertad de entreabrir una de las puertas de comunicación con las piezas interiores para saber quiénes están, y si alguno de ellos le agrada, entra. Todos se levantan a darle conversación, y los jugadores andan como pidiéndole permiso en cada tiro. Co-

mo no hay que pagar, no se ve interés. En fin, no se juega seriamente. Más que nunca siento la nostalgia del club o, por lo menos, del café. Me parece que sólo se puede jugar a gusto en una sala profusamente alumbrada, sin dueño de casa, en donde se pague y se pueda llamar al mozo golpeando ruidosamente el entablado con el taco; en donde se oiga un rumor confuso de voces, y un fuego graneado de bolas que chocan; endonde se respire una atmósfera saturada de humo de cigarro y de olor a cerveza; endonde se vean esos tipos raros... Hombre—me dijo volviéndose a mí de improviso—¿vamos a una sala de billares a jugar una partida? Aquí cerca hay una muy decente y concurrida.

—Con mucho gusto—le dije, y fuimos allá.

La noche estaba fría, y pasamos primeramente al mostrador de la sala a beber una copa.

Ahí estaban dos o tres elegantes jóvenes, indolentemente reclinados en la cubierta, bebiendo licor a sorbos y conversando familiarmente con el empleado. Este me pa-

reció un pobre diablo; pero ahí, mostrador de por medio, no hacía mala figura, y sabía ponerse al igual de los jóvenes que pasan el día echando sorbos de café en café. Los que se hallaban a nuestro lado estaban hablando sobre distintas cosas y a menudo pedían con deferencia su opinión al empleado. Seguramente, fuera de ahí, apenas si lo saludarían; pero no hay individuo, por insignificante que sea, que, colocado en su puesto, no parezca más de lo que es en realidad. Cuando mi amigo y yo dejamos las copas, uno de los jóvenes le preguntaba muy cortesmente si creía que los boers volverían nuevamente a levantarse contra los ingleses. El interrogado, frotando la cubierta del mostrador con un paño, declaró con modo meditabundo que, a su juicio, podría suceder algo de eso, si es que llegara un día en que los boers no se conformaran con la situación en que los ha dejado el último tratado de paz.

Tranquilizados acerca de este punto, pedimos un billar. No había ninguno desocupado; pero nos señalaron uno que pronto lo estaría. Nos dirigimos a él, y nos senta-

mos a esperar que los jugadores acabasen. Eran dos: el uno hacía carambolas como por instinto, manejaba el taco con mucha soltura y seguridad, tiraba con brío, sin pensar en las consecuencias; el otro reflexionaba antes de dar el golpe, calculaba, trazaba con la vista líneas imaginarias en la mesa, detrás de cada jugada veía una serie interminable de carambolas; pero, las más de las veces, erraba a las tres o cuatro y se desvanecía aquel castillo de cálculos.

El primer jugador iba ganando, y celebraba su triunfo con mucha bulla y manifestaciones exageradas de entusiasmo; pero el otro no perdía su tranquilidad, y, a cada tiro que celebraba su adversario, le decía:

—Está bien: no me importa. Cada vez me convenzo más de que no sabes jugar.

Y el jugador por instinto se reía y tiraba casi sin mirar, y las carambolas salían como por arte mágico. Ganó, y el jugador científico le dijo con mucha serenidad:

—No siento haber perdido. Ahora tengo la satisfacción de saber de cierto que eres un simple carambolero, y estoy convencido como nunca de que juego más bien que tú.

El carambolero, sin decirle nada, le golpeó familiarmente el hombro, y lo miraba con sorna.

—Puedes reir cuanto quieras—prosiguió el de los cálculos;—pero has de saber que un poeta dijo:

Que l'ignorant se fie aux chances du hazard;  
L'art seul doit présider aux succès du Billard.

Y en seguida pagó la mesa, y salieron muy amigablemente.

Ocupamos nosotros el billar. Comencé a jugar con muy buena suerte, y digo suerte, porque soy un simple carambolero. Mi amigo me dijo que nunca me había visto jugar así: yo mismo estaba asombrado de mi juego. Llevaba ya buena ventaja a mi adversario, cuando entró a la sala un sujeto de regular edad, vestido fuera de moda; pero muy limpio. Tenía la cara afeitada, y su semblante era tan apacible que parecía en perpetua somnolencia. Llegó y se sentó frente a nuestro billar, con la vista fija en la mesa. Cuando resultaba carambola, hacía una señal de aprobación; cuando no re-

sultaba, movía la cabeza negativamente. Este sujeto comenzó a cargarme y a ponerme nervioso: mi juego se echó a perder. Hablé de ciertos tipos ridículos que se ven en las salas de billar; pero el otro no se dió por aludido. Ahí estuvo media hora, siempre aprobando y desaprobando, y se retiró tan tranquilamente como había llegado.

Gracias a Dios, dije yo, y entré a jugar con nuevo empeño. Mi compañero me había dejado atrás. En esto, a tiempo que iba a tirar, siento golpes en la espalda: era un amigo mío que se encontraba por ahí de vago. Naturalmente me hizo perder la carambola. No bien vió que yo iba perdiendo, se dispuso a darme lecciones. Andaba al rededor de la mesa, estorbando con la mayor inocencia. Esperaba que yo estuviese a punto de dar el golpe a la bola, para decirme muy alarmado: «¡Más arriba! ¡Pégale más arriba!» o bien «¡Más abajo!» o bien me aconsejaba con gran interés que tirase de pique, de corrido o por tabla. Terminaba siempre sus consejos diciéndome: «En fin, no te obligo a jugar así; puedes tirar como te parezca».

Tales impertinencias me incomodaron de suerte que, por desquite, dí en jugar de una manera distinta de la que él me recomendaba, aun cuando viesse yo de seguro que iba a errar la carambola.

Mi contrario me aventajó tanto, que perdí la esperanza de alcanzarlo.

Y comencé a fastidiarme, porque soy de tal condición que, cuando voy perdiendo, no tarda en apoderarse de mí un desaliento notable, unido a cierto mal humor. En vez de jugar con más cuidado, manejo el taco con desdén, y desahogo el mal humor criticando con ironía las jugadas de mi adversario, y aun haciendo alusiones a su persona, a su profesión o a sus particulares inclinaciones. Por fortuna, el ganancioso se pone de ordinario tan complaciente, que no repara en estas injusticias.

Como de ordinario, me puse a jugar como si no me importara el resultado, y a hacer alusiones algo picantes. Mi compañero, sin replicar palabra, comenzó a golpear el entablado con el taco, y pedía al mozo copas de oporto, de *cock-tail*, de *chasse-café*, de *plus-café*, qué sé yo. Como yo iba a tener

que pagar el gasto, mi mal humor subió de punto, y perdí la mesa.

Nos retiramos, y luego el aire fresco de la calle volvió mi ánimo a su estado normal.

Mi amigo me invitó a su casa para mostrarme un libro que había encargado a Europa. Lo acompañé. El libro se titulaba *El Billar (The Billiard Book)*, por el capitán Crawley. Estuve hojeándolo un rato. Ahí me encontré con el juego de billar elevado a la categoría de ciencia exacta; y el principio fundamental de ella es este: «el ángulo de reflexión es igual al ángulo de incidencia». Dice el autor que, según sea la fuerza del impulso y el lado que se toque de la bola, resultan ángulos más o menos agudos, que es lo que se busca. Asegura el capitán que con el referido principio convenientemente desenvuelto y aplicado, y la práctica de algunas horas diarias, se puede llegar a ser buen jugador. Yo también creo que debe de ser así.

Acerca de los orígenes del billar, declara el autor que no puede decir nada, porque no se sabe absolutamente nada. Sin embargo, a lo que parece, el billar comenzó a des-

tacarse de la noche de los tiempos, en el reinado de Carlos IX de Francia. Hay motivos para suponer que en esta nación se inventó. La palabra *billar*, que es más o menos igual en todos los idiomas, tiene su origen en la palabra francesa *bille*, bola. De todos modos, se puede creer con seguridad que era conocido el billar en tiempo de Shakespeare, quien, siempre despreocupado en punto a anacronismos, presenta a Cleopatra como aficionada a este juego.

En la escena 5.<sup>a</sup> del 2.<sup>o</sup> acto de *Antonio y Cleopatra* se encuentra el siguiente diálogo.

*Cleopatra*.—Juguemos al billar. Ven, Charmian.

*Charmian*.—Me duele un brazo. Jugad más bien con Mardian.

*Cleopatra*.—Vamos ¿queréis, señor, jugar conmigo?

*Mardian*.—Tan bien como pueda, señora.

El libro trae una bibliografía del billar. Casi llegan a ciento los volúmenes publicados sobre tan importante asunto. El volumen más antiguo lleva la fecha de 1665.

Después de haber hojeado la obra del capitán Crawley, la dejé en la mesa de mi

---

amigo con un gesto de indiferencia. El entonces la tomó y me mostró una parte que tenía el título de «Algunos consejos». El último consejo estaba en gruesos caracteres, y decía: «*Keep your temper!*» o lo que es lo mismo: «Serenidad. No hay que alterarse».



# Viticultura

De resultas de un pleito, me ví en la necesidad de recibir, en parte de pago, una viña de corta extensión. El dueño, furioso por verse obligado a entregarla, procuró desquitarse, estropeándola cuanto pudo y dispersando a los empleados.

Nunca me imaginé que pudiera alguna vez convertirme en viticultor, porque mis ocupaciones nada tenían que ver con esta industria; pero la vida está llena de tales sorpresas. Uno cuando muchacho, dice: siempre haré esto, nunca seré aquello, es imposible que me acaezca lo otro, y cuando menos lo piensa, resulta que lo inesperado y reputado imposible le acaece. Por eso es bueno no desperdiciar las ocasiones de aprender prácticamente las cosas que se ofrecieren, porque nadie sabe si no tendrá alguna

vez necesidad de esos conocimientos, y algo se lleva adelantado.

Yo tuve más de una vez oportunidad de haber adquirido en buena fuente, nociones prácticas de viticultura; pero no creí que pudieran serme útiles y me descuidé en aprovecharlas. Harto lo sentí cuando me encontré, sin quererlo ni buscarlo, propietario de un viñedo. Traté de venderlo; pero no lo conseguí; soplaban en esa época malos vientos para la industria vinícola, y no había compradores. Tuve que resolverme a trabajar la viña por *mi* cuenta, cosa harto embarazosa para uno que no tenía idea de tales cultivos. Me la iban a entregar poco antes de la poda, y con tiempo fuí a consultar a un amigo mío, versado en este negocio, a ver qué sería lo que más me convendría hacer, y cómo dirigir los trabajos, y qué trabajos eran éstos.

Mi amigo, poco acostumbrado a dar lecciones, quiso explicarme el asunto en dos palabras.

—Por ahora, me dijo, no tienes que pensar sino en la poda. Esto es lo primero, y es

cosa sencilla. Vas a entender la poda con mucha facilidad.

Inmediatamente formó un par de tijeras con dos dedos de la mano derecha, y mostrándome la mano izquierda levantada y abierta, me dijo:

—Aquí está la parra. Y estos son los sarmientos—añadió señalándome los dedos.

Y se puso a dar cortes imaginarios; derribaba dedos, los volvía a levantar, y volvía a derribarlos según otro sistema.

A cada instante me preguntaba:

—¿Comprendes?

—Sí, por cierto. Es claro,—le contestaba, sin comprender nada.

También me dijo muchas veces:

—Pero se te ocurrirá esta dificultad,—y me exponía una a su modo.

—En efecto,—le decía yo,—estaba pensando en esa dificultad.

Ni pensaba en tal cosa, ni entendía lo que me estaba enseñando; pero me pareció más bien no decirlo, porque si lo decía, mi amigo entraría en nuevas explicaciones que tampoco había yo de entender, puesto que igno-

raba hasta lo más elemental de esta especie de conocimientos.

Cuando me consideró suficientemente instruído, volvió a repetirme que, si tenía alguna duda o dificultad, se la dijese. Le respondí que todo lo entendía muy claramente. El quedó muy complacido.

—No creas,—me dijo,—que para mí sea molestia la que menor darte estas lecciones. Por el contrario, es un gusto, un verdadero gusto explicar algo a una persona inteligente, que luego comprende las cosas. ¡Si supieras, y ya lo sabrás, lo que es explicar aún lo más sencillo a mayordomos y peones! ¡Qué gente! cerrada como el puño.

—Son hombres rudos,—le dije yo,—sin instrucción... hay que excusarlos...

Confuso quedé con esta conversación. Tenía que tomar otro camino. Era claro que no podía dirigir trabajos que era menester estudiar con despacio.

Traté de pedir consejos a algún propietario de viñedo grande y famoso en el país. Era lo mejor consultar a un caballero de esos. Su experiencia y conocimiento de to-

do lo tocante a la viña, había de sacarme bien pronto de apuros.

Mi modesta posición social no me permitía tener amistad con personas de tanta cuenta; pero logré hacerme el contradizo con una de ellas en cierta reunión preparatoria de trabajos electorales, que le interesaba personalmente. En tales casos, estos caballeros se vuelven excesivamente afa- bles, llanos, francotes, y se ponen al alcance de todo el mundo.

A propósito de no sé qué, me tomé la libertad de decir a ese caballero que, de los vinos chilenos, los de él eran los mejores.

—¿Lo cree usted?—me dijo al punto con modo muy agradable.—A varios he oído decir lo mismo.

—¡Oh! Es indudable, indiscutible,—re- puse con la mayor sinceridad que pude fingir.

—Así lo creo yo también,—dijo el ca- ballero,—y no porque el vino sea mío, sino porque en realidad...

—Es indudable,—insistí yo siempre muy convencido.

Y conté que en una comida habían ser- vido un vino ocultando la marca de la bo-

tella, y todos habían preguntado qué vino era ése, pues no habían probado cosa más buena; y era el vino del señor...

Esto se lo oí contar a un agente comisionista que a toda costa quería obligarme a comprarle un cajón, por lo menos, de cierto vino que yo no necesitaba ni pensaba adquirir. Pero me pareció bien esta invención, y la aprovecho para lisonjear a los fabricantes de vino.

El caballero se sonrió, me miró con cariño, y se acercó a explicarme que, si bien había vinos de más nombre que el de él, en realidad...

—A propósito,—le dije,—me encuentro yo también con una pequeña viña y verdaderamente me hallo muy embarazado para trabajarla, porque nunca me he ocupado en este negocio. No sé qué hacer. Muy difícil cosa es el cultivo de la viña, y sobre todo... los vinos... conservarlos... ¿No es verdad, señor?

—Sin duda, no es cosa fácil. Se necesitan conocimientos y práctica. Yo tengo a un francés muy competente y en buena parte,

gracias a él, mis vinos tienen bastante salida. Eso sí que cuesta caro.

—Pero eso es para viñedos de primer orden, como el suyo,—dije algo desconsolado.  
—El mío es insignificante, y lo tendré mientras encuentro algún comprador. Si éste no se presenta luego, procuraré vender los caldos. Mientras tanto no tengo a nadie de quien valerme. El dueño anterior...

—Si es así, la cosa es más sencilla,—me interrumpió el señor del vino, con modo muy amable y manifestando mucho interés.  
—Para esto no se necesitan conocimientos muy especiales. ¿Su viña es francesa?

—Sí, señor.

—No es difícil encontrar algún francés entendido en viticultura que esté sin ocupación o que quiera dejar la que tiene. Ponga un aviso en el diario. Puede ser que se le presente uno que le convenga.

El consejo era razonable. Puse el aviso.

Vino un interesado. Me saludó muy cortesmente y me preguntó:

—¿Es usted el caballero que necesita a un viticultor francés?

—Sí, señor.

—Auguste Gressy, servidor de usted.

—Celebro infinito conocerlo. Tenga la bondad de sentarse. Me permito prevenirle que ya han venido otros (no era cierto); pero todavía no me he comprometido con nadie. Conviene ver algunos... Tomaré nota de su dirección para comunicarle lo que resuelva.

—Naturalmente,—y me dió su dirección.

—Supongo que Ud. tendrá bastante práctica en la industria vinícola.

—¡Oh!—exclamó M. Gressy con una sonrisita de desafío a todo el mundo.—Permítame, señor, decirle que considero una suerte para usted que yo esté ahora sin ocupación. La viña no tiene secretos para mí. Y la bodega... ¡Oh, la bodega!... Es ahí donde se conoce al hombre entendido en su oficio. Hacer vino, conservarlo, mejorarlo, no es cosa que todos saben. Es decir, hay muchos que dicen que saben; pero no basta decirlo. También, señor, para probar los vinos se necesita tener paladar. Pues bien, yo tengo un paladar enteramente excepcional, *savez-vous?* Y si usted desea informes, aquí los tiene.

Me mostró unos papeles ajados, con recomendaciones encomiásticas de personas a quienes yo no conocía.

Algo me chocó la jactancia de M. Gressy; pero tuve gusto por haber encontrado tan pronto y a la mano a un individuo muy versado en su oficio. Si no lo fuera, pensaba yo, no hablaría él con tanta seguridad y confianza en sí mismo. A más, cuando llegamos a tratar del sueldo, se mostró avenible. Al principio se subió a mayores; pero le dije que mis recursos eran entonces escasos, y no podía pagar más.

—Para mis conocimientos y experiencia,—me dijo M. Gressy,—lo que usted me ofrece es poco, no es nada; pero lo acepto por no estar sin ocupación.

—Me parece que lo más probable es que a usted confiaré la dirección de mi viña,—le dije.

—Lo celebraré por usted,—me replicó.

Un poco más tarde se presentó M. Chambefort, de cara como cuadrada, afeitada enteramente. Tenía una nariz muy antipática, sinuosa, echada abajo, de base muy

ancha y alas señaladas. Grueso, de pequeña estatura.

Sin ceremonias me dijo que no traía informes.

—No valen nada esos informes,—añadió con voz ronca y manera muy brusca.—Lo que vale es la competencia de cada cual. *Eh bien*, señor, si usted quiere tener un hombre competente para su viña, en mí lo encontrará. Muchos, todos le dirán a Ud. que conocen profundamente la viña y que hacen maravillas en la bodega. Pero es farsa. No saben nada. Yo sí que le digo la verdad cuando le afirmo que sé todo cuanto usted quiera en este negocio. ¡Oh, señor!—exclamó con un gesto de indecible confianza en sí propio, como M. Gressy.—Si usted me entrega la viña, no tendrá seguramente de qué arrepentirse.

Pero desde que ví a M. Chambefort, no pensé ni un momento entregarle la viña, porque su aspecto y modales me desagradaron en extremo.

Por no despedirme de él con sequedad y sin hablar nada, le pregunté si había estado ocupado en alguna parte.

---

—Sí señor,—me contestó.—Tenía a mi cargo una sección de la bodega El Romeral, una magnífica viña se lo aseguro. El director, francés también, sabía algo y era buen hombre; pero se enfermó gravemente y tuvo que dejar el empleo. Entonces el patrón encargó a Europa un vinicultor, y éste resultó un *monsieur décoratif*, un caballero de aparato, que ganaba sueldo muy subido, sin saber nada; pero pretendía saber más que todos.

«Probaba los vinos con gran solemnidad y recogimiento interior—agregó remedando al *monsieur décoratif*—daba órdenes como decretos gubernativos, se rodeaba de cierto misterio, gastaba lujo. Me contradijo en una operación que estaba yo practicando en la bodega. Le repliqué que lo que yo hacía estaba bien hecho. El levantó la voz, yo la levanté más, y tuve que retirarme».

Otras cosas hablé con M. Chambefort, apunté su dirección y me despedí de él con frialdad.

Al día siguiente me vino a ver un francés chiquito, delgadito, rubio y muy limpio.

—Jean Landry,—dijo ruborizándose como una dama.

A poco hablar, me confesó en voz baja, suave, y poniéndose colorado, que él era una especialidad notable en todo lo concerniente a la vinificación.

—No diré a Ud.,—me agregó,—que en el cultivo de la viña no haya otros que sepan tanto como yo. Ese cultivo no es difícil; pero otra cosa es la bodega. Por poco que me ayude la calidad del suelo y de la uva, puedo hacerle vinos excelentes. Yo no puedo hacerlo todo, usted comprende; es preciso que la naturaleza ayude también algo. Mi especialidad es el vino blanco. Aquí se vende mucho vino blanco; pero... pero hay mucho que ver en eso.

Como lo ví de complexión delicada, le pregunté si siempre había sido viticultor.

—Siempre, señor,—me contestó,—excepto cuatro años que estuve allá en mi patria en un regimiento de dragones.

—¡De dragones!—dije asombrado.

—Sí, señor—repuso él con suavidad y ruborizándose ligeramente.

Me pareció inútil esperar más y resolví tomarlo inmediatamente, porque, junto con saber tanto como los otros, me pareció más manejable y no me infundía ningún respeto, a pesar de haber sido dragón.

Le comuniqué, pues, mi resolución y quedamos convenidos.

Fué a hacerse cargo de la viña. No bien la vió M. Landry, se encogió de hombros, y luego juntando con viveza las manos, levantó los ojos al cielo y exclamó:

—*¡Mon Dieu!*

—¿Está la viña en muy mal estado?— pregunté con sobresalto.

—¡Sí está en mal estado!—repuso con indignación M. Landry.

Acercóse a una parra y acariciándole el tronco dijo:

—¿Qué has hecho, pobre parra, para que te hayan tratado así? ¡Es creíble que haya gente tan bárbara! Pero no tenga Ud. cuidado, señor,—agregó dirigiéndose a mí.—Todo lo arreglaremos, y Ud. pronto tendrá una bonita viña.

—¿Lo cree Ud.?—le pregunté siempre con intranquilidad.

—Se lo garantizo,—me contestó.—A tiempo he venido. En un año más la viña estaría completamente perdida.

Reunió gente, luego organizó el trabajo, y lo dirigía con bastante actividad y conocimiento.

Mientras tanto, yo continuaba haciendo diligencias para vender la viña. Después de algún tiempo conseguí encontrar un comprador, hombre entendido en la industria vinícola.

Le gustó la viña, la halló bastante bien cultivada y felicitó a M. Landry, que estaba colorado como un tomate. Yo también lo felicité por la felicitación, le agradecí sus servicios y nos despedimos como buenos amigos.

## Mal viaje

Por el camino de Curicó a Rauco, en una calurosa tarde de febrero, viajaba a caballo un joven seguido de un sirviente campesino. Su figura era varonil y grave. Allegado a la sombra de los álamos caminaba al paso, y llevaba la cabeza un poco inclinada hacia adelante, con modo pensativo. De pronto volvióse a medias y preguntó al sirviente:

—Juan, ¿mucho nos queda que andar todavía?

—Nada, señor,—contestó el sirviente, espoleando su cabalgadura y acercándose al joven.—Ahí a la vuelta está «El Manantial».

—Y con esta van tres veces que me has dicho lo mismo.

—Pero ahora, señor, no falta nada para que lleguemos. ¿Ve su merced aquel sauce

que sale al camino allá lejos? Ese es el sauce del muerto, porque ahí mataron a un hombre. Pocas cuadras más allá, tuerce el camino para arriba y después para la costa, y se llega al estero de los Guindos. Después el camino tuerce... hay un callejón que sale del camino y da vuelta un cerrito que se divisa una cuadra más allá del sauce del muerto, y después se pasa un pedregal y se tuerce para el sur...

—Y después,—interrumpió el joven fastidiado,—nos faltará todavía una vueltecita para llegar.

—Sí, señor; queda una vueltecita, y ahí está la casa de «El Manantial».

Pero el joven no lo oyó porque había picado espuelas a su caballo y siguió al galope.

Así anduvieron hasta el estero de los Guindos, hecho ahí remanso sin hondura.

En la mitad del remanso y en la misma dirección que llevaban, vieron parado un coche de plaza, más malo, desvencijado y roto de lo que ordinariamente suelen estar, con cuatro caballos flacos y estropeados, como nacidos para el vehículo. El cochero descargaba sobre los rocines una lluvia de

latigazos e improperios; o bien recurría a diversas estratagemas: ya los torcía a un lado, ya a otro, ya se estaba quieto un momento y de improviso levantaba el látigo y la voz con repentina furia. Pero los pobres animales parecían resueltos a dejarse asesinar ahí mismo antes que adelantar un paso.

El joven mandó a su sirviente que fuese a prestar ayuda y él se quedó mientras tanto en la orilla. El sirviente habló dos palabras con el cochero, ató un látigo en la lanza y afianzó el otro cabo en la cincha de su montura, y se estuvieron quietos un rato, como si pensarán en todo menos en hacer una jugada a los caballos. A una señal, el sirviente espoleó con fuerza el suyo, y el cochero, levantándose en el pescante, comenzó a dar latigazos y a injuriar a los rocines con tan inaudita furia y presteza que parecía que se había vuelto loco. Pero los caballos debían de estar prevenidos, porque no se movieron un punto, y no hubo más sino cortarse el látigo. En esto iba pasando el vado algo más arriba un jinete, y de adentro del coche asomó una mano que le

hacía señas de que viniese; pero el transeunte no hizo caso.

Apenas nuestro joven vió la mano, se dirigió apresuradamente al coche, porque la mano llevaba guante de piel de Suecia, y en la muñeca le brillaba una pulsera; y aun, en la manera de batir el pañuelo, manifestaba que en el coche iba alguna persona elegante y principal, cosa que, por cierto, el joven no se había imaginado.

Acercóse a la portezuela. En el coche estaban cuatro personas. Ocupaban los asientos de atrás un caballero ya canoso, bastante gordo y sanguíneo, muy irritado, y una señora de aspecto plácido y completamente resignada con su suerte. Al frente, una niña encantadora, cuya era la mano de que se ha hablado, reprimía y disimulaba lo más que podía, por no enojar al caballero, la risa que le causaba el chasco. A su lado, una criada reprimía y disimulaba la risa con más empeño que la señorita.

—Me parece,—dijo el joven con cierto embarazo, después de saludar,—me parece que lo único que se puede hacer es aliviar el coche. Mi caballo es muy manso y, sin

temor alguno, puedo sacar a las señoras en ancas. Mi sirviente las ayudará a subir y se hará cargo de las maletas. Hay poca agua.

—Es lo mejor... ¿Qué dices Pedro Pablo?—preguntó la señora.

—Digo que este cochero es un bellaco,—exclamó el caballero,—digo que nos ha engañado, que ha querido estafarnos... Vea usted, señor... Figúrese usted... Tengo mi fundo por estos lugares; mi coche no va a buscarme a la estación, no sé por qué motivo. Este hombre me asegura que sus caballos, a pesar de su ruin aspecto, harán sin tropiezo el viaje; más aún, me dijo que viajaba por este camino casi diariamente...

—Y viajo,—interrumpió con mucha flemma el cochero.—Ahora no he andado con suerte; pero nunca me había pasado quedarme en el río ni en ninguna parte.

—¿Oye usted, señor? Y no contento con engañar, este hombre se atreve también a injuriar a una persona decente.

—¿Quién injuria?—dijo el cochero acalorándose.

Don Pedro Pablo tuvo un ímpetu de cólera; pero se dominó y volviéndose con serenidad a la señora le dijo:

—El caballo parece muy manso, Carmencita. Si no es por usted, amigo mío... Mil gracias. Carmencita, ahora puedes subir.

El joven llevó cuidadosamente su carga, y la depositó en la orilla, bajo unos álamos, y volvió por la niña. En seguida mandó con el sirviente su caballo a don Pedro Pablo. El sirviente, por su parte, había sacado a la criada y siguió con el salvamento de las malletas y canastos.

Aliviado el coche, se hicieron nuevas tentativas para sacarlo del atolladero; pero los rocines siguieron impasibles.

Puestos ya todos en salvo, la niña se dió prisa en sacar de uno de los canastos, galletas y cerveza. Don Pedro Pablo llenó dos copas y, ofreciendo la una al joven y guardando la otra para sí, le dijo con cierta prosopopeya que parecía natural en él:

—Ahora, amigo mío, deseo saber el nombre de nuestro salvador para beber esta copa a su salud, y quedarle eternamente reconocido. Y al expresarme así, lo hago también

---

en nombre de mi señora esposa y de mi hija.

—Mil gracias... Servicio tan insignificante no vale la pena...—contestó muy confuso el joven.—Me llamo Jorge Reinoso, servidor de ustedes.

—Y yo Pedro Pablo Lara, persona que estará siempre a sus órdenes, junto con mi esposa Carmen y mi hija Anita,—dijo el caballero y apuró la copa.

Luego añadió:

—Reinoso... ¿Sería usted por ventura hijo de la señora Adela Santander de Reinoso?

—Sí, señor.

—Amigo, lo celebro en extremo,—dijo don Pedro Pablo, estrechando de nuevo la mano de Jorge.—Vea usted como es cierto el adagio que dice que en Chile todos nos conocemos. Conocí a su señora madre en Talca, hará trece años, el setenta, en el mes de Junio. Ya estaba viuda. Era señora de las más notables que he conocido. Cuando supe su muerte acaecida hace diez años, si mal no recuerdo, en la primavera del setenta y tres, sentí verdadero pesar, y me apresuro a manifestárselo a usted. No dudo de que

usted habrá heredado las virtudes de su señora madre, de lo cual ya nos ha dado una clara muestra. Y al decirle esto, me hago intérprete de los sentimientos de mi señora esposa y de mi hija.

En efecto, la señora esposa y la hija, cuando oyeron que Jorge era huérfano de padre y madre, pusieron unas caras muy tristes, como si el duelo fuese reciente.

Interrumpió la conversación (y muy a tiempo para Jorge, a quien esos recuerdos fúnebres habían puesto en situación embarazosa) una carreta que venía pasando el vado.

—Con una yunta que nos preste el carretero,—dijo Jorge,—arrastraremos caballos y coche.

Montó, fué a hablar con el carretero y se hizo como decía. Los caballos hubieron de ceder ante fuerza mayor y, salidos a la orilla, siguieron andando sin el auxilio de los bueyes. El cochero anduvo un rato con el vehículo para probar si los rocines habían desistido de su extraña porfía; luego volvió y dijo que ya estaba pronto para seguir el viaje.

Después de algunas vacilaciones, don Pedro Pablo consintió en volver a subir. Mientras embarcaban el equipaje, dijo a Jorge, tendiéndole afectuosamente la mano:

—¿Nos volveremos a ver? ¿A dónde va usted? Mi casa no está muy lejos de aquí, y si usted quisiera honrarnos con una visita, no sólo completaría el servicio que nos ha hecho, sino que nos daría ocasión de manifestarle con nuestras atenciones el agradecimiento...

—No hablemos de eso... mil gracias, mil gracias... Dijo Jorge.

—Y al hablarle así,—continuó don Pedro Pablo,—creo ser eco y fiel intérprete de los sentimientos de mi señora esposa y de mi hija.

—Sin duda alguna,—dijo la señora con modo suave y lánguido.—No habría gusto mayor para nosotros que recibir una visita suya, y quiero que usted se comprometa a pasar a casa, si no ahora, uno de estos días, porque supongo que usted no irá muy lejos.

—Ando por primera vez en estos lugares,—dijo Jorge.—Voy a visitar a un amigo mío que recientemente ha arrendado «El Ma-

nantial». Tal vez conocerán ustedes el fundo.

—¡Que si lo conocemos!—exclamó don Pedro Pablo—«El Manantial» deslinda con mi hacienda, y su amigo Ricardo es muy de nuestra casa y nos visita con frecuencia. Por lo tanto, no hay más que hablar, y uno de estos días no dudo que lo tendremos allá con Ricardo. De nuevo le doy mis agradecimientos. Esta fecha, veinte de Febrero de 1883, quedará eternamente grabada en mi memoria. Nos despediremos hasta luego.

—Hasta luego—dijo Jorge.

Anita que, en el rato de la conversación, había estado modestamente a un lado sonriéndose por lo bajo, se despidió con ceremoniosa cortesía; pero Jorge bien alcanzó a percibir en su fisonomía la animación de una alegría franca, traviesa, que poco se avenía con el entonamiento y urbanidad oficial de la etiqueta.

No bien cerró Jorge la portezuela, el cochero hizo restallar el látigo. Los jamelgos, olvidados de su flacura y cansancio, y muy acordados de los recientes latigazos, partieron con inusitada fogosidad y ardimiento.

El cochero asomó la cabeza y dijo a Jorge con modo triunfante y socarrón:

—¿Qué tales? ¿Tendrá mejores bestias el caballero?

—¡Atiende a tus caballos, descomedido!—  
gritó de adentro del coche una voz indignada.

\* \* \*

Jorge esperó que el coche tomase delantera para no recibir el polvo; luego montó a caballo y siguió su camino. Iba pensando en la aventura. Tenía muy presente la sonrisa maliciosa de Anita, a quien había observado de reojo, y se imaginaba que él había andado poco comedido y galante en no dirigirle la palabra, ni siquiera cuando la sacó del carruaje. Creyó que, en vez de haber hecho esfuerzos para mostrarse hablador, divertido y bromista, como lo pedía el caso, se había dejado llevar de su índole reservada y grave, no sólo con respecto a Anita, sino también en las contestaciones un tanto secas que había dado a don Pedro Pablo, y a su esposa. Finalmente, dió por cosa cierta y averiguada que había dejado bien triste idea

de su persona, y que tal vez, en ese mismo momento, los del coche se estarían riendo de la seriedad y gravedad de su salvador que creerían afectada y presuntuosa, y muy parecida a la que acostumbran usar algunos necios. Si se presentara el caso de un nuevo salvamento, procuraría borrar con obsequios y locuacidad ingeniosa su pasada conducta; pero, como ya no había lugar para esto, resolvió hacer muy luego con su amigo Ricardo la prometida visita, y mostrarse en ella joven tan divertido que no lo habían de conocer. Al mirarse representando un papel tan ajeno de su carácter, le vino cierto desmayo y le volvieron sus pensamientos desconfiados. Por librarse de ellos, se puso a galopar.

Cuando entró a los caminos vecinales, siguió al paso. ¡Eran tan campestres y poéticos, tan distintos de los que atraviesan las áridas y solitarias llanuras de Pelarco! Cerca de esta aldea, Jorge, que era agricultor, había heredado y cultivaba un fundo de regular extensión, pobre, monótono, pelado, sin hondas quebradas ni bosques, sin arboledas umbrosas ni pintorescos caceríos. Ahí

---

no animaban el silencio de la noche el blando susurro de las árboles, ni el murmurar de las corrientes. La mirada vagaba indiferente por ese terreno ondulado, limitado allá a lo lejos, por cordones de cerros y montañas cuyos perfiles se destacaban unos tras otros en el dilatado horizonte. La iglesia de Pelarco, gran fábrica inconclusa, se levantaba en el llano con proporciones gigantescas al lado de las humildes casas del villorio. En la penumbra de la noche, su mole oscura parecía aún más grande y, sin esfuerzo, la imaginación la transformaba en castillo feudal, asilo de algún señor huraño y solitario.

Por esos caminos vecinales de Rauco, iba Jorge como encantado contemplando las frondosas higueras, los perales, manzanos y otros árboles que pasaban sus ramas por encima de cercas de membrillos y ciruelos, y cubrían el camino con una bóveda de verdura salpicada de puntos luminosos. Las frutas estaban al alcance de la mano, y tan maduras y en tanta abundancia como si nadie se parase a cogerlas. A menudo aparecían a los lados del camino chozas sobre cuyos techos árboles viejos y siempre vigorosos

entretejían sus ramas. En torno de ellas, plantaciones de maíz o de cáñamo se levantaban exhuberantes y tupidas. Atravesaban el camino raudales de agua clara, en cuya superficie centelleaba algún rayo de sol con reflejos de un verde transparente, o resaltaban movibles y ligeros los blancos penachos de espuma que levantaban las guijas.

Jorge encontró el camino tan ameno y agradable que, con sorpresa, oyó decir a su sirviente a la vuelta de un recodo:

—Ahí está la casa de «El Manantial».

Casi a ese mismo tiempo partió, desde el otro lado de la cerca, un «¡Oh!» enfático y prolongado. Era Ricardo que estaba abriendo una puerta de trancas para salir al camino.

—¡Oh! viejo ermitaño!—exclamó Ricardo con un contento sincero y entusiasta.—No creía que fueras a cumplir tu promesa de venir a verme.

—Vamos, bien sabes que nunca he faltado a mi palabra,—dijo Jorge.—Y al fin y al cabo, para mí es verdadero gusto estar contigo, y algunas leguas a caballo no habían de ser estorbo para darme ese gusto.

—Gracias, Jorge. ¿Y has hallado muy largo el camino?

—No mucho, y en esta última parte más bien lo he hallado corto. ¡Tanta sombra y frescura! No es esto como lo de Pelarco. ¿Y sabes que he tenido mi pequeña aventura? He salvado de las mansas aguas del estero de los Guindos a una familia amiga y vecina tuya: la de don Pedro Pablo Lara.

Y Jorge refirió el suceso e insistió en el compromiso de hacer una visita a esa familia como si se tratara de una obligación que debía cumplir cuanto antes.

—Iremos mañana sin falta. ¡Hombre afortunado!—exclamó Ricardo.—¡Cien veces afortunado! Anita es la niña más bonita y vivaracha de estos contornos. ¡Qué no habría yo dado por encontrarme en lugar tuyo!

—Y yo también,—dijo Jorge,—puedo exclamar: ¡qué no habría dado porque hubieses estado en lugar mío! Como soy corto de genio, poco sociable y hasta huraño si quieres, presté mis servicios con tan poca gracia, que tal vez a estas horas todavía se estarán riendo de mí. En la niña, por lo menos, noté una sonrisita burlona que... francamente...

—Pura suspicacia... Has de saber, Jorge, que esa es muy buena gente, muy llana y nada reparona. ¿Y qué tiene de particular que Anita se haya sonreído? El caso no era para menos, y ella, sin duda alguna, se habrá reído del caso y no de tí.

—Así lo supongo; pero...

—Ya te desengañarás,—repuso Ricardo.

En esto llegaron a la casa. Jorge dijo que estaba fatigado y que vendría bien dormir una siestecita. Su amigo se apresuró a complacerlo. Jorge se tendió en una cama; pero no durmió.

\* \* \*

Al día siguiente, al caer de la tarde, fueron los dos amigos a casa de don Pedro Pablo. Pensaban quedarse a comer allá y volver después de tomar el té.

Jorge iba intranquilo, no sólo porque en realidad era muy corto de genio sino también porque sentía cierto desasosiego interior.

Era joven excelente; pero retraído y poco sociable. Desde niño fué serio, estudioso y reflexivo, y en su primera juventud poco

conoció las veleidades y corazonadas propias de la edad. Estuvo enamorado de una señorita muy simpática y distinguida; pero nunca hizo nada por acercarse a ella. Se contentaba con seguirla desde lejos, pasearle cautelosamente la calle, mirarla con languidez y a hurtadillas, y entregarse a solas a románticos ensueños. Ni a sus más íntimos amigos (y eran bien pocos) comunicó su pasión. Lo miraban ellos como a un solterón futuro, y se empeñaban en apasionarlo de alguna niña para que estuviesen todos iguales. Jorge desenvolvía entonces teorías muy juiciosas. A su entender, un hombre honrado no debía cortejar abiertamente a una niña sin ofrecerle previamente su mano, y no debía ofrecer su mano sino cuando pudiera casarse inmediatamente y de tal modo que, sin contar para nada con la dote de la novia, estuviera en condiciones de ofrecerle, por lo menos, las mismas comodidades de que disfrutaba ella en casa de sus padres.

Casóse la amada de Jorge, y el pobre amante, no bien repuesto de este golpe no menos rudo por ser muy esperado, hubo de

soportar otro en extremo doloroso, la pérdida de su madre, a quien quería entrañablemente. Consideróse desde entonces como un náufrago de la vida, dejó sus estudios de derecho y se retiró al campo. Tenía en aquel tiempo veintitrés años, y ya había pasado diez en su fundo de Pelarco. La vida aislada dió mucho desenvolvimiento a su carácter grave y meditabundo, y lo acostumbó poco a poco a evitar las relaciones sociales, de modo que le parecía bastarse a sí propio. Sin embargo, conservó la amistad de uno que otro compañero de la infancia, especialmente la de Ricardo: al lado de ellos solía cambiar de carácter y, a veces, tenía raptos de jovialidad y entusiasmo de que él mismo se asombraba.

Con todo, desde hacía algún tiempo, Jorge iba notando en sí mismo mudanzas que no esperaba. A los veinticinco años, siempre que sus amigos le decían: «¿Cuándo dejas tu eterno buen juicio? ¿Cuándo te casas? ¿Cuándo te enamoras? ¿Cuándo gozas de la vida?» repondía Jorge invariablemente: «no tengan cuidado, gozo de la vida a mi manera. En punto a enamorarme, ¿qué

---

adelantaría si aun no debo casarme puesto que no tengo cómo mantener a mi esposa con holgura y decencia? Y en cuanto a mi buen juicio, no pienso dejarlo, a menos que él me deje». En seguida hablaba de ciertas reglas de conducta que se había trazado, de las cuales estaba resuelto a no desviarse un ápice.

En efecto, mientras seguía adelante en la primavera de la vida, mientras tenía algo que esperar en punto a juventud, vigor y bríos, se mantuvo firme; pero, una vez que llegó a los treinta años y vió que la primavera iba pasando a estío y que, en poco tiempo más, no lo mirarían como a un joven sino como a un caballero en quien la gravedad parecería muy en su lugar, comenzó a preguntarse si había gozado de la vida simplemente como un caballero grave y no como un joven. Las dulzuras del amor, que había columbrado en la adolescencia y que había mirado después como un edén al cual podría penetrar cuando lo creyese oportuno, le parecían ahora visiones deleitables y fugaces que iban alejándose de él poco a poco y poniéndose fuera de su alcance. Pensaba que

todavía hace más bonita figura delante de las mujeres un corazón gastado si aparece en un cuerpo joven, que un corazón virgen y leal si aparece en un cuerpo que ha perdido la frescura de la juventud. Pensaba que a su condición reflexiva iría dando la edad más y más fuerza, de tal suerte que, aun cuando después quisiera amar con locura, tal vez sólo conseguiría amar con juicio y prudencia, y él mismo reconocía que el amor tiene de soso lo que le falta de locura. Y muchos otros pensamientos de esta clase, si bien se le presentaban indecisos y vagos, lo turbaban e iban introduciendo cierta relajación en su inflexible sistema.

No exigía ya aquel capital que consideraba necesario para casarse, y aun le parecía razonable que el novio contase con la dote de la novia. En cuanto a él, persistía delante de sus amigos en quedar sujeto a sus antiguas reglas: no pensaría en casarse hasta que tuviera los medios suficientes para establecer a su esposa en Santiago y darle todas las comodidades apetecibles: no quería que ella se sacrificase yéndose a enterrar al campo y estar ahí poco menos que incomunicada.

Pero allá en sus adentros, Jorge soñaba con una esposa modesta, humilde, hacendosa, de carácter suavísimo, «una pobrecita» como decimos, que lo acompañara en su solitario campo, lo distrajera de sus estudios y trabajos, y fuese para él amigos, sociedad y todo.

—¿En qué estás pensando que vas tan callado?—preguntó Ricardo, cuando ya se divisaba la casa de don Pedro Pablo.

—¿Yo? En nada... en cosas indiferentes... Y dime, Ricardo, ¿tienes amistad de confianza en casa de don Pedro Pablo?

—Sin duda, y también la tendrás tú con poco que trates a esta excelente familia. Don Pedro es muy buen caballero. Tiene aquello de acalorarse por bagatelas, pronunciar pequeños discursos, almacenar fechas, salir con preguntas raras; pero todo esto es bagatela. La señora Carmencita es una alma anémica. En cuanto a Anita, ella es el primer rayo del alba, el lirio del valle, la rosa del jardín... lo que quieras en este punto.

—¡Qué entusiasmo!—exclamó Jorge con malicia.

—Nada...—replicó Ricardo.—Hablo co-

mo simple aficionado, *en amateur*. Tú bien lo sabes... ¿Ves allí a don Pedro?— — —

El buen caballero estaba sentado en el corredor, leyendo el diario con semblante imponente y reposado y debía de estar muy absorto en la lectura, porque no vino a notar la presencia de los jóvenes sino cuando estuvieron muy cerca de él.

—¡Oh, amigos míos!—exclamó levantándose.—Buenos días... cúbranse... cúbranse... A sentarse sin ceremonias... Ricardo, su amigo le habrá contado el chasco que nos pasó en el estero de los Guindos. Si no es por don Jorge...

—¡Oh! Habría sido por otro,—interrumpió Jorge.

—Bien creo yo—dijo don Pedro Pablo—que no habría faltado quien nos hubiese sacado del atolladero; pero ya que uno ha de deber un servicio, es siempre grato debérselo a una persona digna y meritoria.

—Gracias por el buen concepto en que usted me tiene,—murmuró Jorge.

—Don Pedro Pablo, dígame también alguna fineza,—dijo Ricardo,—para no ponerme celoso de Jorge.

—Lo que le diré, vecino, es que la parte del deslinde que a usted toca se halla en muy mal estado, y sus animales me están haciendo mucho perjuicio.

—Eso no es nada, señor. Animales suyos he visto yo en los corredores mismos de mi casa.

—Se pasarían por la parte que a usted toca componer, amigo Ricardo,—dijo don Pedro con tono un poco agresivo y comenzando a acalorarse.

—Esto de los deslindes es asunto más bien de buena voluntad entre los vecinos que de obligación,—dijo Jorge, procurando generalizar el punto.—Hay animales vagabundos, de índole aventurera; contra ellos no hay cercas que valgan, y no pasan sino comiendo el pasto del cercado ajeno, aunque el propio sea más sabroso y abundante.

—Cierto es eso,—dijo don Pedro Pablo.—Y si miramos bien el asunto, hallaremos en los animales muchísimas cosas parecidas a las de los hombres.

Y don Pedro Pablo dirigió una mirada vaga y profunda a los árboles que tenía al frente.

Mientras tanto, Anita estaba asomándose cautelosamente tras de la puerta del zaguán, para ver quiénes estaban de visita. Ricardo la alcanzó a descubrir y le dijo al punto:

—Buenos días, Anita. No se esconda. Pase adelante. Es toda gente de paz.

Adelantóse Anita sin ningún embarazo. Jorge la saludó bastante confuso, y no se atrevió a detener más la vista en ella, sino que se volvió a don Pedro Pablo como para seguir escuchándole. Entonces este caballero le dijo:

—Vea, don Jorge, ¿es usted proteccionista o libre cambista?

—¿Yo, señor?

—Usted, amigo. Se lo pregunto porque estaba leyendo en el diario algo sobre esto, y porque es asunto que se relaciona con el chasco que pasé en el estero de los Guindos. Se me figura que usted debe de ser partidario del comercio libre.

—Si le he decir la verdad—repuso Jorge—no he hecho bastantes estudios sobre la materia...

—Hombre, yo tampoco los he hecho; pero si no hubiésemos de hablar más de lo que hemos estudiado, ya estaríamos lucidos. Yo, señor, pienso que si el gobierno metiese la mano en estas empresas de carruajes y las vigilase, no se vería uno plantado en medio de acequias... Y no digo más, porque sólo pensar en ese maldito coche...

—Quizás tenga usted razón,—replicó Jorge;—pero como en esto cada uno habla atendiendo a lo que le conviene, pienso que si usted, gracias a la intervención gubernativa, no se hubiese visto plantado en el estero, no habría yo tenido ocasión de conocerlo.

—Hombre, ¡por dónde fué usted a salir!—exclamó don Pedro Pablo.

—Confíesame la verdad, Jorge,—dijo Ricardo.—Cuando llevabas a Anita en ancas, ¿no se te ocurrió desear que tu caballo se volviese Clavileño, para apretarle la clavija, echarte a los aires con tu preciosa carga, y dejar a don Pedro Pablo y a su esposa con cara de varones de Galilea?

—¡Miren qué pregunta!—exclamó Jorge todo turbado.

—En cuanto a mí,—dijo Anita sonriéndose,—creo que no me habría tirado caballo abajo y me habría gustado muchísimo viajar por los aires en tan buena compañía.

—Gracias, señorita,—repuso Jorge colorado hasta las orejas. Y aun cuando poco después, pensando en ello, se le ocurrieron muchas ingeniosas galanterías que poder contestar a Anita, por entonces no vió clara ninguna.

Doña Carmencita salió en ese momento al corredor, muy sencillamente vestida y muy apacible en toda su persona. A poco estar ahí preguntó a Jorge con un modo de triste y suave resignación si le gustaban las flores. Jorge le contestó que sí. Entonces la señora dijo con gran tranquilidad y mucho juicio que era loca por ellas, y propuso dar una vuelta por el jardín.

—Vayan ustedes,—dijo don Pedro Pablo.—Yo me quedaré aquí con mi amigo Ricardo: arreglaremos nuestros deslindes.

Bajaron al jardín, que era a modo de parque, la señora, Jorge y Anita. Luego vino una sirvienta a decir a la señora que la necesitaban allá adentro. Siguieron paseándose

los dos jóvenes. Anita mostraba flores y se extasiaba delante de ellas con modo tan vivo e ingenuo que Jorge dejó su gravedad y se atrevió a mirar de frente a su compañera.

—Sabe usted,—le dijo ella—¿cuál ha sido siempre uno de mis mayores deseos? Encerrarme en un botón de rosa y pasar ahí quién sabe cuanto tiempo.

Jorge la escuchaba sonriéndose, sin replicarle. Ya se imaginaba ver la graciosa cabecita de Anita asomada entre pétalos de rosa. Lo seducía, lo iba deslumbrando esa vehemencia infantil. Venía de un campo solitario y monótono, donde casi no hablaba, alimentando su espíritu con misantrópicas meditaciones, y se veía como transportado de improviso a un jardín, paseándose a solas con una linda joven y oyendo su charla ligera y melodiosa. Esto lo trastornaba, le hacía perder el dominio de sí mismo.

Anita cogió dos o tres florecillas y las ofreció a su compañero para que se las pusiese en el ojal.

—Las conservaré como un recuerdo, señorita,—dijo él.

—No, no...—replicó Anita con prontitud y ruborizada—Eso no... No cargue su memoria con cosas que no valen nada ni significan nada.

—Para mí, señorita,—insistió Jorge con calor,—son cosas que valen y significan mucho. Son ellas las que dan encanto y fragancia a la aridez de la vida, y harto las necesita una vida como la que llevo.

Y le vino un arranque de expansión. Nada más fácil, en caracteres como el de nuestro joven, que pasar de la extremada reserva a la franqueza extremada. Contó a Anita su vida entera, sus padecimientos silenciosos, las ambiciones vagas, los sueños de felicidad. Se volvía elocuente. Hablaba con sinceridad, con fuego. Su manera de accionar, embarazada y tiesa, tomó amplitud y flexibilidad. Muchas veces había pensado encontrar una alma sensible y delicada que simpatizara con la suya, y a solas se imaginaba descubrirle todo lo íntimo de su corazón. Ahora le acudían esas frases que antes dirigía a una persona imaginaria. Su voz tomaba a ratos inflexiones acariciadoras.

En un momento que calló le dijo Anita:

—Volvamos... ya es hora de comer. Creo haber sentido la campanilla.

—Volvamos,—dijo Jorge.

Y después de andar un poco sin decir nada, preguntó con timidez:

—Señorita, dígame ¿no he andado impertinente? Temo haberme tomado más confianza de la que debía.

—No, por cierto,—contestó Anita con rubor y turbada.—Al contrario, le agradezco... Vea usted, esa confianza es prueba de aprecio...

—Gracias, señorita,—dijo Jorge envolviéndola en una mirada cariñosa que hizo bajar los ojos a su compañera.

El joven alcanzó a percibir la turbación de ella y sintió un goce íntimo, delicioso, y cierta tranquilidad y satisfacción interior que nunca antes había experimentado.

Encontraron en el corredor a don Pedro y a Ricardo discutiendo todavía sus deslindes.

—Anita,—dijo el caballero,—a ver si nos dan de comer. Ya es hora.

—Creí que ya habían tocado la campanilla,—dijo Anita y se retiró muy ligero.

Jorge se manifestó contentísimo en la comida y todo el tiempo de la visita. Estuvo brillante, obsequioso, atento, lleno de ingenio. Dejó encantada a toda la familia y, cuando se despidió, con inequívoca sinceridad le ofrecieron la casa y le instaron que repitiera sus visitas. Más aún: don Pedro Pablo lo invitó a tomar al día siguiente las once en un bosquecillo cercano. Jorge no anduvo corto en comedimientos y amables efusiones. Se retiró lleno de afectos suaves, tiernos, generosos, y allá en su interior sentía un contento como si hubiese encontrado y tuviese ya algo que buscaba desde tiempo atrás.

\* \* \*

—No podrás negar que has pasado un rato delicioso,—dijo Ricardo a Jorge no bien salieron al camino.

Iban con los caballos al paso. La noche estaba muy agradable.

—No lo niego,— contestó el joven.—Me

ha gustado muchísimo la familia. Es como tú decías.

—Y a Anita, le perdiste bien el miedo.

—Es verdad. Es una niña muy buena.

—Y muy bonita. Tiene fama su belleza.

—Según eso debe de tener muchos pretendientes,—dijo Jorge como reprimiendo un bostezo.

—Es claro... por docenas...

—¿Y ella?

—Ella... ella los tiene. Hace poco que estoy aquí, y mi amistad con esta familia es demasiado reciente para conocer sus interioridades. Sin embargo, me imagino que el día menos pensado va a resultar casamiento.

—¿Casamiento? No es posible,—dijo Jorge con voz algo apagada y reprimiendo otro bostezo.

—¿Por qué no es posible?—replicó Ricardo.

—¡Qué sé yo!—exclamó Jorge con repentino enfado.—Sé cómo pasan estas cosas. Todavía no corteja un joven a una niña y ya lo dan por novio.

—¡Pero cómo te acaloras!—dijo Ricardo.

—Estoy por creer que Anita te ha dado flechazo.

—¡No es mala ocurrencia!—replicó Jorge.—¿Cómo puedes imaginártelo? ¿No hay más que llegar y enamorarse? ¡Sobre todo yo que soy tan enamorado!... Acabo de conocer a esta niña, me agrada, me interesa... y nada más.

—Vamos, lo decía por embromar, y no me había acordado de que eres tan quisquilloso... Pero escúchame, y me hallarás razón. Sé que Luis Barra, joven de familia distinguida, bastante rico y muy apreciable, corteja a Anita: es un partido de los mejores que puedan presentarse. Ahora bien, pienso yo que, como el mozo es muy codiciable, la familia de don Pedro Pablo no querrá divulgar nada hasta que el matrimonio esté enteramente arreglado.

—Tienes razón. Debe de ser así,—dijo Jorge en voz baja, y afectando mucha indiferencia.

Y recordando sus conversaciones con Anita, notó la insistencia con que ella se negó a consentir que él tomara como un recuerdo las flores que le había dado para

ponerse en el ojal. Pensó que la turbación que la niña manifestaba no podía provenir sino de que se encontraba en una situación embarazosa. Le acudió también que, por cortar la conversación, Anita le había dicho que creía haber sentido la campanilla y que volvieran a la casa. Y se le ocurrieron ciertas contestaciones vagas y reservadas que al principio había atribuído a simple emoción del alma de la joven.

Jorge sintió un vacío interior, un desmayo, un derrumbamiento de esperanzas. Movió una conversación indiferente y, con el pretexto de que tenía sueño, no volvió a hablar.

\* \* \*

Al día siguiente amaneció Jorge de malísimo humor, pesimista como nunca y disgustado de todo. Ricardo bien lo echó de ver, y dijo a su amigo:

—¿Qué te ha pasado? ¿Estás aburrido?

—¡Oh! no, eso no. Pero soy así, tú lo sabes. Después de ratos de contento y alegría como el que tuve ayer, me vienen tristezas profundas, que no puedo dominar.

—Eso proviene, Jorge, del aislamiento. Debías salir de tu encierro con frecuencia, viajar, visitar, buscar la sociedad.

—Así lo creo yo también, y hago propósitos... En fin, me encuentro yo mismo irracional e incorregible; pero es inútil... Y lo que me aflige es que en casa de don Pedro Pablo me van a notar el cambio. Si se ofrece, tú me disculparás... dí cualquiera cosa...

—¡Vaya que estás raro! Pero domínate cuanto puedas. Ya que has dejado bien puesto tu nombre, sería lástima que hicieras mudar de opinión y te tomaran por un excéntrico.

—Haré lo que pueda,—dijo Jorge.—Y por abreviar la visita, en vez de ir a la casa, vamos derecho al bosque donde nos han invitado.

Convino en ello Ricardo, y en la tarde se dirigieron a un bosquecillo de arrayanes, canelos y pataguas.

Cuando llegaron, ya estaba ahí don Pedro Pablo, recostado al pie de un árbol leyendo el diario. La señora Carmencita contemplaba con languidez y dulzura lo que había

frente a sus ojos. Anita tenía extendido un mantel en el suelo y disponía las once.

Junto a ella estaba un joven buen mozo, elegantemente vestido con traje de campo. Conversaban ambos con mucha intimidad.

Los recién llegados fueron recibidos con demostraciones de gran contento. Don Pedro Pablo les presentó a Luis Barra. Ricardo le estrechó la mano con efusión, mirando de soslayo a Anita que estaba bastante ruborizada y confusa. Jorge lo saludó con modo ceremonioso sin mirar a la niña.

Sentáronse en la hierba a tomar las once.

Don Pedro Pablo con una buena presa de pollo fiambre en la mano, miró con alguna atención a Jorge y le dijo:

—Parece, amigo, que usted no ha pasado buena noche. Su semblante no es el de ayer. ¿Algún malestar?...

—Si usted no está bien,—le dijo doña Carmencita,—allá en la casa tengo un botiquín muy completo y lo pongo a su disposición.

—Mil gracias. No tengo nada,—contestó Jorge con una sonrisa desabrida.

Ricardo se apresuró a animar la conversa-

ción. Su amigo poco intervenía en ella, y bien se echaba de ver que no tenía el menor interés en lo que se hablaba.

La pareja de enamorados nada sabía de lo que pasaba fuera de ellos.

En un momento en que la señora llevó a Jorge para mostrarle cierto punto del campo que rodeaba el bosquecillo, don Pedro Pablo preguntó a Ricardo:

—¿Qué tiene su amigo? ¿Está enfadado? ¿Le habremos ocasionado algún disgusto sin saberlo?

—No, señor... Es así su carácter. Vive muy retraído...

—No me lo habría imaginado,—dijo don Pedro Pablo, mirando a Jorge con desconfianza.—Lo creía persona de mucha sociedad.

Terminadas las once, los dos amigos se apresuraron a retirarse.

Al día siguiente muy de mañana, por el camino de Rauco a Curicó, iba Jorge seguido de su sirviente. Allegado a la sombra de los álamos caminaba al paso, llevando la cabeza inclinada hacia adelante con modo

---

pensativo. Llegó al estero de los Guindos, y pasó el vado sin mirar en torno suyo. Pero, cuando tocó la otra orilla, volvió el caballo y estuvo contemplando la mansa corriente y los álamos del otro lado con honda tristeza.

Luego se apartó de ahí repentinamente y siguió el camino a todo galope, pensando en sus adentros:

—Maldito viaje.





# Indice

	<u>Páginas</u>
Prólogo.....	5
Tempestad de Verano.....	7
Darwin en San Fernando.....	37
La edad.....	51
En el tren.....	69
No quiero ser literato. ....	83
Discursos.....	105
El billar.....	117
Viticultura.....	131
Mi viaje.....	145

---

BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCION CONTROL

Índice

Es propiedad del Autor  
Inscripción N.º 1973









